ANGEL MARTÍN Y MARTÍN

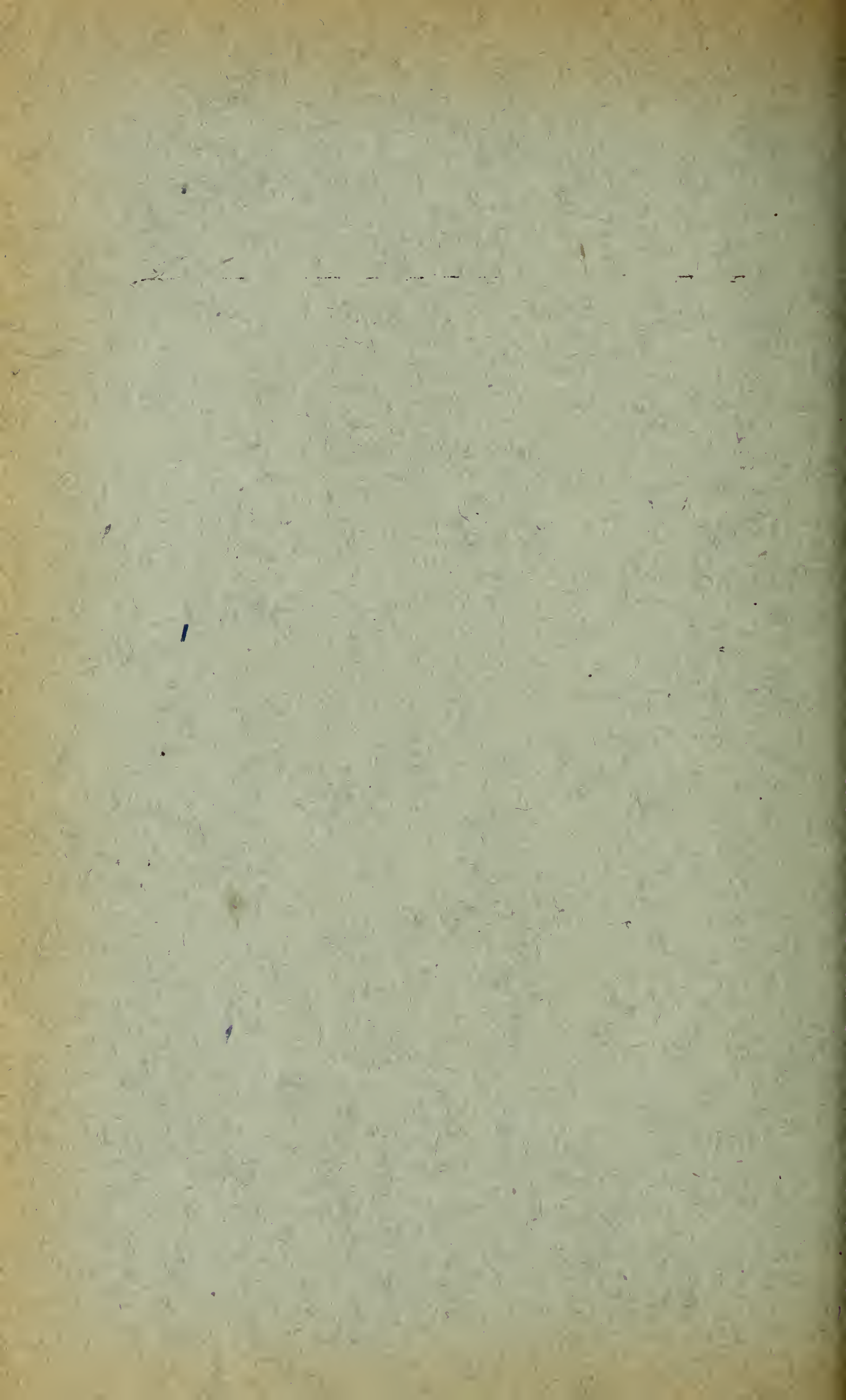
VOLUNTAD

Comedia dramática-social en un acto,
dividido en tres cuadros y en prosa.

Obra premiada en Madrid en el concurso de 1912,
por el Grupo de Educación y Cultura.



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Núñez de Balboa, núm. 12.
1913



VOLUNTAD

COMEDIA DRAMÁTICA-SOCIAL

ANGEL MARTÍN Y MARTÍN

VOLUNTAD

Comedia dramática-social en un acto, dividido en tres cuadros y en prosa.

Obra premiada en Madrid en el concurso de 1912, por el Grupo de Educación y Cultura.



MADRID
ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE F. PEÑA CRUZ
Calle de Pizarro, núm. 16.
1913

PERSONAJES

DON JENARO	ELENA
DON COSME	DOÑA MÓNICA
DON JUAN	ANSELMO
GUTIÉRREZ	BLÁS
JORGE	ESTEBAN
TOMÁS	OBRERO 1.°
»	IDEM 2.°

Obreros, dos alguaciles y una pareja de la Guardia civil.

La escena en una aldea de las inmediaciones de Madrid.

A José Rodríguez Incógnito,

Presidente de «La Unión», Sociedad de Cocheros de Madrid.

Compañero y amigo:

Por encima de todas las preocupaciones religiosas y políticas, por encima de las mismas manifestaciones del Arte y de esa Moral artífice con que pretenden engalanar nuestra literatura los escritores, por encima de nuestras rancias costumbres, está ese sentimiento de humanidad que los hombres de bien sienten por sus semejantes.

Usted sabe muy bien, amigo Rodríguez, lo necesario que es la actividad de los hombres laboriosos y buenos contra esa enfermedad social que tanto aqueja á los espíritus pensantes; el hombre trabajador, el único útil, el que todo lo produce, que sufre la injusticia de no poseer nada, la fría é insultante indiferencia de las clases bien acomodadas ante estas desigualdades, y la ignorancia supina del oprimido, sobre todo el bracero del campo, que vése sometido á la más tirana servidumbre del caciquismo rural, que en nuestro país es dueño y señor de vidas y haciendas.

Usted bien sabe lo arduo que es el problema social, lo cruel que resulta á los que como usted se han consagrado en cuerpo y alma á esa lucha titánica y brutal, si cabe, pero la única que en el bien humano podrá resolverlo. Esto no importa para no cejar un paso en nuestra marcha: tendremos contrariedades sin fin, desengaños y crudezas sin cuento, pero no podremos ser de otra manera.

Tanto usted como yo, hemos nacido para la lucha, á la

que nos entregamos por entero; y es que los que vienen al mundo con alguna misión que cumplir, encuentran la dicha, su único placer, en esa pelea cruel y empeñada que con gran amor y entusiasmo tienen que librar á diario por la pronta redención de los que sufren.

Yo no sé escribir, y menos aun pensar; sólo sé que, á medida que los años se van amontonando sobre mí, voy aprendiendo á sentir. Esta obra es de sentimientos, y los sentimientos encarnan ideas; por eso este libro desentonará entre los ahítos, entre los de estómago repleto é ideas hueras.

Ofrezco este modesto trabajo á la Sociedad «La Unión», á nombre de su presidente, á la cual debo cuanto valgo y cuanto sé; pues si bien encierra este mi trabajo un esfuerzo propio y personal, es hijo también de un refinamiento moral que dicha entidad ha creado en mi persona. Por ella he aprendido á sentir con muchos corazones, á pensar con muchos cerebros, á vivir dentro de muchas almas; de ella nace lase nsibilidad de mi espíritu, que ha podido abrir en mí manantiales de ternura, de sacrificios, de afinidades, de fraternidad humana.

Reciba «La Unión» esta prueba de gratitud y reconocimiento, y usted, amigo Pepe, el testimonio de la más sincera estimación de su amigo y compañero,

Angel.

CUADRO PRIMERO

La escena representa una pequeña plaza de pueblo. Á la derecha del espectador. y en primer término, una casita baja, de aspecto sombrío; un tejadillo con rojizas tejas cubre la puerta, y en la cual existen dos bancos de piedra. De frente y en segundo término, se distingue una acometida de varias callejas con árboles, y salidas por las dos laterales.

Es la caída de la tarde, notándose aún bastante luz.

ESCENA PRIMERA

ELENA y DOÑA MÓNICA

Elena, sentada á la puerta de la casuca, hace labor.

MÓNICA.—(Entrando por el lado derecho de la calleja.) Buenas tardes, trabajadora. (Quitándose la mantilla y sentándose en el otro banco al lado de Elena.) Descansaré un ratito, y luego... á casita.

ELENA.—¿Y de dónde viene usted á estas horas, doña Mónica?

MÓNICA.—¿De dónde quieres que venga, hijita? De donde todas las tardes.

ELENA.—¿Ha estado usted en el convento?

MÓNICA.—De allí vengo... Y he visto á tu hermana Mari-Juana, que está tan contenta y...

ELENA.—¡Pobre hermana mía! ¡Siempre me dicen que está contenta, y cuando yo la veo está tan triste!

MÓNICA.—¡Toma! Se entristece de alegría.

ELENA.—Ayer la vi. ¡Qué pena me dió verla! ¡Está desconocida la pobrecita! Sus facciones, tan lindas en otros tiempos, están demacradas; sus ojos, llorosos... ¡Ay, pobre Mari-Juana!

MÓNICA.—(Con marcada ridiculez.) Vamos, no digas esas cosas...; no hablemos de esto. (Pequeña pausa.) ¿Has visto á Jorge?

ELENA.—Le veo todos los días, ya lo sabe.

MÓNICA.—Así estás tú, ¡pobre chica! Vas á caer enferma por ese endemoniado de hombre, á quien Dios confunda.

ELENA.—Deje usted á Jorge; parece su pesadilla... Todos los días lo mismo.

MÓNICA.—Es porque te quiero, Elena. Ese es un hombre que no merece tu cariño... Lo mismo te diría tu madre, si viviera...

ELENA.—(Apesadumbrada.) ¡Ay, pobre madre mía! Si ella viviera, nos defendería como defiende una madre. Hasta que ella vivió, nosotras también vivimos... Desde su muerte, vamos muriendo abandonadas mi hermana y yo... Sin voluntad, sin alegría, vamos pasando la existencia... Mi padre es bueno, sí; pero no supo educarnos; nunca se ocupó de dirigirnos. Nos ha dado el sustento para el cuerpo, y no se cuidó de qué alimento intelectual adquiríamos. Hemos crecido en el ambiente de las cosas fáciles, mecidas por la rutina; de un miedo sin fin.... del miedo siempre.

MÓNICA.—Tú no puedes quejarte de tu padre; es muy bueno...

ELENA.—¡Si no me quejo, si no puedo quejarme! ¡Si mi padre es bondadoso y noble! Ya lo he dicho... Pero no basta ser bueno, doña Mónica; hace falta también saber serlo. Quien sepa dominar el mal con el bien, siempre será bueno; no el que, siendo bueno, se entregue en brazos de los malos. En el campo se crían florecillas que con su aroma nos subyugan, nos deslumbran con su belleza: los labradores las cortan por dañinas... En el campo del saber humano... ¡hay tantas florecillas que molestan! Mi padre no tiene toda la culpa; él no nos educó porque á él tampoco le iluminaron sus pasos. Tuvo la mala estrella de venir al mundo en el peor vehículo social: donde se revuelcan tantos monigotes humanos por la fatalidad del destino cruel.

MÓNICA.—¡Oh! Me asustas, Elena. Hablas así como un hombre..., como un hombre de ideas...

ELENA.—Pues, muy justo. La naturaleza no da las palabras y las ideas sólo para los hombres.

MÓNICA.—(Con forzada alegría.) Pues, mira... yo también tengo ideas, y ahora se me ocurre una... una buena idea. Escucha: si tú hallaras (por una de esas casualidades que pasan), si tú hallaras un hombre sumamente rico y

grandemente bueno, que, acabando con todas tus penas, te hiciera feliz, feliz del todo, ¿aceptarías tú sus ofrecimientos?

ELENA.—(*Con sorpresa.*) ¡Pero á qué viene todo eso!

MÓNICA.—Contesta: ¿aceptarías?

ELENA.—Usted me ofende, doña Mónica. Yo nunca abrigué fantasías imposibles ni ambiciones irrealizables.

MÓNICA.—Nada de imposibles... Se trata de un hombre que te quiere, que te ama como se debe amar..., y que hará tu porvenir, el de tu padre, la felicidad de todos nosotros... Ese hombre es don Jenaro. Don Jenaro, que desea hacerte su esposa; que tiene gran interés por que tú seas la reina de todas estas comarcas.

ELENA.—(*Con sorpresa.*) ¡Pero usted bromea! De otra forma, no comprendo...

MÓNICA.—No, no es broma...

ELENA.—Gracias; pero no puedo aceptar. Para llegar á mi porvenir no necesito ascensor... Deseo subir escalón por escalón.

MÓNICA.—Piensa en tu padre, Elena; piensa en tu hermana... Don Jenaro es muy poderoso y tal vez consiguiera traer á Mari-Juana en tu compañía.

ELENA.—Don Jenaro, á su edad, no es poderoso para nada...

MÓNICA.—¡Oh, qué picarona! Te parece viejo don Jenaro... Pues, mira, no es viejo, no lo ha sido nunca, y no va á ser tan tonto que quiera serlo ahora... Los hombres no son viejos nunca... ¡Y don Jenaro, tan fornido!... ¡Si siempre está igual!... ¡Si no pasan años por él!... ¡Vamos, que no es viejo don Jenaro! ¿Que tiene años? Todos tenemos años; tú tienes primaveras, y él tiene los años... que se tienen á su edad. (*Pausa. Elena da muestras de impaciencia.*) No creas que don Jenaro no te quiere; don Jenaro pasa penas por ti... Cuando un hombre como él, que nunca hizo caso á ninguna, que no conversa con nadie; cuando un hombre así se sacrifica en beneficio tuyo, es que te quiere de veras. ¡Cuántas envidiarían tu suerte! (*Con zalamería.*) Y es que tú eres muy mona, muy linda y muy hacendosa. ¡Qué caray, que te lo mereces! No va mal don Jenaro, no...

ELENA.—(*Con fastidio y cada vez más apurada.*) Todo es hablar de más, doña Mónica. Le agradezco mucho su buena intención, pero no puede ser; yo sólo deseo vivir tranquila en amorosa y sencilla compañía... A mí esas grandezas me aturden, me marean; esas alabanzas

me oprimen el corazón y me llenan de amargura. ¡Don Jenaro no sabe querer, no puede querer, no ha querido nunca! A su edad no tiene el alma el calor bastante que el amor necesita... El podrá amar á Dios, á la patria, y regocijarse de su hacienda, querer mucho á su dinero; pero no puede amar á las mujeres... El podrá sentir por mí la ternura que se siente hacia los niños. Yo podré sentir por él el respeto que inspiran los años; pero don Jenaro ha perdido aquellos atractivos que nos da la juventud y carece de las bondades que hacen respetables á la vejez... Sólo se le mira por la luz de sus riquezas, que como los reptiles brillan á la luz del sol. Ya ve usted cómo no puedo aceptar «tanta felicidad» como se me ofrece. El amor ni se vende ni se compra, pues en el momento en que se hace mercancía deja de ser amor. El amor verdadero no puede tener precio porque domina el mundo: él flota por encima de toda miseria en la Humanidad.

Mónica.—(Como despechada.) Sí, sí; ya lo sé... Es otro el que te trae á maltraer... Un mal hombre, que tú no llegas nunca á conocer... Jorge es un hombre peligroso, disolvente y feroz... ¿Y vas tú á querer á un hombre así?... Un revolucionario, que siempre está en agitaciones y algaradas, lanzando á muchos padres de familia en huelgas y motines, que son su perdición. Y ya ves hasta dónde llega su maldad..., pues, según veo, te enseña á ti también esas cosas...

Elena.—(Con dulzura, con súbita alegría, como quien recuerda un bien agradable.) ¡Sí..., me enseña mucho! ¡Precisamente porque enseña es bueno, es noble, es generoso! Debemos querer á quien nos enseña. Jorge, con su vibrante palabra, con sus sabios consejos y sus rectas explicaciones, me ha enseñado á caminar...; me ha educado, sí... Lo he aprendido de él... Mi reformador es Jorge. El, que ve claro y lejos en los horizontes de la vida humana, ha sido un gran maestro; no se parece á ninguno; cuando le miro y escucho su voz armoniosa, que poco á poco va apartando las obscuras nebulosidades de mi mente, que va despojando todas mis pertinencias de ridículas costumbres, siento que la sangre me abrasa las arterias, noto por los efluvios de mi espíritu un placer inefable, y veo que mi vida se cambia; que lo que antes veía negro, ahora lo veo blanco; lo que me daba miedo, ahora me regocija... Me fastidia lo vulgar, lo fútil, lo li-

gero; no siento adhesión por ningún capricho; y desde que Jorge despertó en mí la afición á la lectura, mi mayor placer es leer, leer mucho, para aprender como él á observar la vida...

MÓNICA.—¡Claro! Y lees en esos libracos venenosos que ese pillastre te entrega.

ELENA.—Esos libros no son malos: son bellos y útiles; que si no cuentan vidas de santos ni narraciones tormentosas, en cambio, enseñan la realidad de la vida, que da el libre albedrío al alma y la voluntad al corazón... Son libros que hacen revivir el espíritu con un eterno placer interior, que alejan toda falsedad y excitan la curiosidad de algo aun desconocido.

MÓNICA. (Con reproche.) Así está el mundo, casi vuelto del revés. Los hombres se apartan de las conversaciones amorosas, hacen de preceptores y enseñan á sus novias cosas que maldita la falta que les hace; pues no creo que ellas aspiren á una cátedra en la Universidad. (Pausa.) (Levantándose.) Bueno, me voy; y... ten en cuenta cuanto te he dicho...

ELENA.—Así lo haré...

MÓNICA.—Vaya..., ya meditarás, y estoy convencida de que cambiarás de parecer... Que Dios te guarde... (Vase por la izquierda.)

ELENA.—El la ilumine... (Elena recoge la labor y vase á la casita.)

ESCENA II

DON COSME, TOMÁS, y después ELENA.

DON COSME.—Sería una tontería desaprovechar la ocasión.

TOMÁS.—(Con pesadumbre.) Pero, ¿y ella, don Cosme, y ella?...

DON COSME.—Ella hará lo que tú mandes...

TOMÁS.—¿Y si se obstina?

DON COSME.—La someterás á tu obediencia...; harás valer tu autoridad.

TOMÁS.—Temo no lograr nada, señor cura... Yo bien conozco á Elena...

DON COSME.—Nada temas de ella; no es ninguna niña y tendrá juicio.

TOMÁS.—¿Y no nos engañrá don Jenaro?

DON. COSME.—¡Oh! ¡De ningún modo!

TOMÁS.—Quiero decir que si no será falso el cariño hacia Elena.

DON COSME.—Hombre..., te diré: don Jenaro no quiere á nadie; ni él mismo se quiere... Su misión en la tierra está en odiar: ha nacido odiando, vive odiando y para odiar... Si desea á Elena es por el odio que tiene á Jorge; quiere poseerla, hacerla suya...; pero nada más que para que no sea del otro. Esa es la verdad.

TOMÁS.—(Con espanto.) Entonces, ¿cómo quiere usted...?

DON COSME.—Calla... El principal objeto es que Elena se case con don Jenaro... Se casan, y... como don Jenaro ya va siendo viejo, pierde en la lucha... A su edad el amor es un veneno que mata..., y como don Jenaro no tiene más que parientes lejanos, Elena es la única heredera... ¿Comprendes ahora?...

TOMÁS.—¡Ah, ya!...

DON COSME.—¡Si para calcular estas cosas nadie como nosotros! ¿Quién va á saber como los curas esto de las herencias?

ELENA.—(Saliendo.) Buenas tardes, señor cura.

DON COSME.—Muy buenas las tengas, hija mía...

ELENA.—Les oí charlar, y salí para verle á usted... ¿Y cómo por aquí?

DON COSME.—Vine á acompañar á tu padre...; ya sabes lo revuelto que anda el pueblo con eso de la huelga...; y el bueno de Tomás, como no quiso seguir á esos haraganes, le persiguen, y quise acompañarle... Conmigo no le pasa nada.

ELENA.—Muchas gracias... ¿Y no se arregla la cosa?

DON COSME.—¡Arreglarse! ¡Ca!... Cada vez peor... Antes, la huelga sólo existía en la fábrica de ladrillos de don Jenaro; pero sólo allí, y nada más. Ahora es en todas partes: todo está parado...; el movimiento huelguístico se ha extendido al campo, y nos amenaza algo grave. Tu padre es el único que, obrando con prudencia, no se dejó arrollar por esas corrientes que corrompen el siglo...

TOMÁS.—(Con pena.) Sí; yo soy el único traidor.

DON COSME.—¿Qué dices? ¿Porque ellos se empeñen en ser cabezotas vas tú á seguirles?... Antes vivían felices, sin inquietudes, sin preocuparse de nada, sin saber siquiera que hubiese huelgas...; sólo se ocupaban en trabajar, mirando la prosperidad de los campos, la hermosura de la Naturaleza... Eran dichosos cuando, humildes y resignados con su suerte, rogaban á Dios por la prosperi-

dad de los campos; sus amos estaban satisfechos viendo su conformidad, á la par que los campos florecían...

TOMÁS.—¡Los campos! ¡Sí; florecían! Los míos también...; pero á mí de nada me sirvieron, porque siempre han sido espinas y no flores lo que los pobres hemos sacado.

DON COSME.—Hay que tener paciencia, querido, y tú no te puedes quejar... Ya sabes la buena que te espera. Don Jenaro no tardará en hacerte mayordomo, y si tú sabes aprovecharte...; hay que tener paciencia...

TOMÁS.—¡Paciencia! Yo no sé si quedará alguna en el mundo; creo haberla acaparado toda.

DON COSME.—Bueno, voime ya; se acerca la hora de oraciones y preciso es que me vaya. Tú ya quedas en tu casa; aquí ya no hay peligro... Tened alegría, que todo llega cuando se confía en Dios. (Vase.)

ESCENA III

ELENA y TOMÁS.

TOMÁS.—¡Que tengamos alegría! Mal la puede tener quien jamás la ha conocido.

ELENA.—Es verdad, padre; la tristeza sólo se hizo para los que sufren... ¿Qué le ha dicho don Cosme?

TOMÁS.—Nada; lo de siempre. Me habló de don Jenaro, de sus proyectos..., y, por última vez, hija mía, te repito lo de otras veces: deja tu manía, no pienses más en ese hombre... don Jenaro te desea...

ELENA.—(Con enfado.) Me lo estaba figurando. Son unos infames.

TOMÁS.—Yo bien quisiera que hicieras tu gusto...; yo desearía no torcer tus deseos, no desviar tus sentimientos; yo bien quisiera no obligarte á mi voluntad... (Con súplica); pero, hija, es preciso...; piensa en tu padre, en tu querida hermana... Ya sabes las cosas que dicen de Jorge.

ELENA.—De Jorge no pueden decir nada malo... ¡Son unos malvados! No les basta calumniarle, ultrajarle, sitiarle por hambre, que aun robármelo quieren. Unen su infamia al crimen.

TOMÁS.—(Con desesperación.) ¡Calla, Elena!

ELENA.—¡Si no puedo! ¡Si tengo partida el alma por tanta infamia! El templo de mi felicidad se viene abajo; todo se acaba... todo. (Llora.)

TOMÁS.—(Con reprimido coraje). ¡Malditos sean los que á infernar vienen la tranquilidad de las familias honradas!

ELENA.—Hay gente mala, depravada y cruel, que quiere cebarse en nuestros intereses, destruir nuestra tranquilidad, robarnos nuestra alegría... A ti te engañan, se burlan de tu bonanza, te lanzaron á la traición...

TOMÁS.—¡Calla!... ¡Yo traidor! ¡Me lo dice mi hija!

ELENA.—(Suplicante.) ¡Perdón, padre mío!

TOMÁS.—Sí, fuí traidor... Lo he sido, es verdad... Pero, ¿y vosotras, que sois mi vida?... ¡Yo os quería, os amo como jamás amó padre alguno! Yo siempre sacrificando mi vida, todos mis goces, por vuestra vida, por vuestros goces. He trabajado, he luchado contra mil dificultades que, perversas é ingratas, me han ido aniquilando, con mil penalidades y fatigas sinfín; asido al arado toda mi vida, vertiendo el sudor gota á gota sobre los surcos, de donde había que sacar el pan que vosotras comíais, trabajé muchos años, y ahora, á la vejez, sin saber por qué, por las cosas que hacen los hombres, me veo arruinado y triste, sin nada de lo mío, con la miseria por valla... Yo traicioné, sí; traicioné á los míos, á los que conmigo compartían las miserias y las penas... Antes no lo conocía, ahora ya lo voy comprendiendo... Yo tenía miedo; sentía el hambre venir; el cariño de padre me ha cegado... ¡Maldito yo, que no supe mirar alto! Ya no hay remedio... Si traicioné á aquéllos, no quiero ser también Judas para el amo. Los míos no me perdonarán. Yo me defiendo; procuro, dentro del abismo en que caí, guardar el equilibrio. En el cieno puede uno sostenerse sin hundirse... A ti te toca ahora, hija mía, sacrificarte...; tú te sacrificarás, ya me lo dijiste. Te casarás con don Jenaro; esa será mi única defensa, mi suprema salvación.

ELENA.—(Con gran espanto.) ¡Cómo!

TOMÁS.—Tú lo has dicho. El amo es malo; su venganza sería horrible. Ir hacia los míos es ponerse en el camino del castigo... Don Jenaro será odioso, malo, todo lo que tú quieras; pero ese hombre, hija mía, tiene la llave de nuestra desgracia, como asimismo puede hacer nuestra felicidad.

ELENA.—Me imponéis un sacrificio, padre mío, muy superior á mis fuerzas. Yo, que tanto os debo, haré lo que mandéis; es mi deber seguiros. Pero, ¿cómo? ¡Si no puedo! (Llora.)

TOMÁS.—Te afliges demasiado, Elena. Tú eres muy joven y, aunque eres lista, no has visto el mundo bien.

ELENA.—Lo he visto muy cerca; hoy se ve mejor que se veía antes; no hace falta cargarse de años para adquirir experiencia. Yo entreveo lo que ocurre: don Jenaro, el eterno negociante, ve en mí una nueva finca que desea conquistar...

TOMÁS. (Reconviniéndola.) ¡Elena! ¿Crees tú acaso que yo consentiría entregarte con fines deshonestos? Mi amo es mi amo, y yo sé lo que me digo y tú me obedecerás...

ELENA.—(Con enérgica resolución.) Pues bien; ¿qué queréis? ¿Que me someta, que me subyugue, que me entregue al vampiro?... ¿Comprendéis que la fiera necesita carne y se la arrojáis? Pues bien; os obedeceré en todo... De alguna manera he de pagar los sacrificios que hicisteis por mí... ¡Pero no me martiricen más! ¡Dejadme, no me ofendan! Ese hombre me da asco, me repugna, le tengo miedo. ¡Ya lo han logrado! (Llora.)

TOMÁS.—(Contristado.) ¡Pero, hija!

ELENA.—Ya lo sabe; me sacrifico por usted, pero no me vendo. Dígale á don Jenaro que no quiero sus riquezas, que las desprecio; pobre he sido, lo soy y lo seré. (Pequeña pausa.) ¡Pero si no es posible! ¡Si no se ama más que una vez en la vida!

TOMÁS.—¡Elena, Elena!... ¡Vuelve en ti..., serénate! Se halla tu ánimo soliviantado y tu espíritu revuelto, y no es oportuno continuar este camino. Ya meditarás despacio. Comprendo que, subyugada como estás por una pasión dominante, sería inútil persuadirte por el momento... A mí también me duele lo que pasa; pero me sobrepongo á todo. (Con ademán de marcharse.) Voy adentro; deseo descansar; quiero buscar algún medio con que olvidarlo todo... ¡Yo también sufro! ¡Cuándo se acordará Dios de uno?... (Saca el pañuelo y se lo lleva á los ojos. Vase á la casita.)

ESCENA IV

ELENA, sola.

ELENA.—¡Pobre padre mío! No menos que por ti siento por él nuestra lamentable situación... ¡Veo un abismo en el camino de mi vida! Veo á don Cosme, á doña Mónica y al amo que se ponen en conjunción siniestra para empujarnos al precipicio. (Pausa.) ¿Y Jorge?... ¡Po-

bre Jorge! ¿Qué pensará de mí? ¿Me aborrecerá para siempre? Pero no; no quiero creerlo; él es bueno y comprenderá... Pero, ¿seguirá amándome como yo le amo? Sí, no lo dudo; su vida es mi vida, su aliento es el que yo respiro... Pero, ¿qué dirá? ¿Tendré yo valor?... ¡Oh, qué ingrata es la vida!... Quisiera tener su valor, su voluntad; tan inflamada la inteligencia como la suya; ser fuerte como él para hacer frente á la penumbra de esta amargada vida. Gócese la sociedad, gócense todos, y vean cómo destila veneno el corazón de una amante. (Viendo á Jorge, que entra por la izquierda.) ¡Ah! (Con turbación.) ¡Jorge!

ESCENA V

JORGE y ELENA.

JORGE.—¿Te asustas, Elena? (Se acercan.)

ELENA.—(Turbada.) No...; no lo creas, no...; es que... (Titubeante.) vamos... que creí que era otro...

JORGE.—(Con impaciencia.) ¿Quién creías tú que era?

ELENA.—No sé... Nadie... No me figuraba nadie... (Como aparentando serenidad.) Pero ya no tengo miedo; ya estoy tranquila...

JORGE.—A ti alguien te hace sufrir, Elena.

ELENA.—No, nadie... Pero, ¿á ti que te importa eso? Déjalo... ¿Por qué has venido, Jorge?

JORGE.—¿Y tú me lo preguntas? Vengo por amor, que eres tú; por belleza, que eres tú también. Hay algunos momentos que no quisiera venir; pero una fuerza potente y misteriosa me arrastra hacia aquí, y una voz que, incesante, suena en mis oídos y que me dice que venga, que tú me necesitas, que te hago falta, y vengo; vengo por ti, porque tú me atraes, porque quiero ver si estás triste para ponerte alegre..., porque te quiero, Elena; ya sabes por qué vengo.

ELENA.—(Suspirando.) ¡Ay, Jorge! ¡Te hallo muy contento!...

JORGE.—Contigo no puedo sentir tristezas; mis penas me parecen alegrías cuando las sufro por ti... Sufrir por amar es gozar grandemente. (Elena se turba como si la tristeza de algunos recuerdos la torturaran.) (Notando la turbación de Elena.) Pero, ¿qué tienes? Tú has llorado, te hallo tan agitada, tan demudado tu semblante... Tú me ocultas algo, Elena. Desahoga en mi amante corazón todas tus penas y contrariedades; yo gustoso las toma-

ra, y sería feliz con poderte servir de consuelo. (Pausa.) ¿Pero no hablas?

ELENA.—(Esforzándose en sonreir.) No..., nada; no sufras..., no me ocurre nada...

JORGE.—¿Tienes miedo?... ¿No te parece bien que haya venido? ¿Acaso dudas de mí? (Con dulzura.)

ELENA.—(Aparte.) ¡Ya no puedo más, Dios mío!

JORGE.—El amor es un fuego que abrasa á los amantes que esperan; el mío es imperecedero... ¿Me amas tú así? Dime...

ELENA.—¡Tantas gratitudes te debo!

JORGE.—Si ahora no se trata de eso... (Como si tuviera una nueva idea.) ¿Quiéres á algún otro hombre?...

ELENA.—¡Jorge!

JORGE.—Perdona, querida, yo jamás sospeché de ti... pero ¿á qué esta frialdad? ¿A qué este silencio?... (Elena, con gran ansiedad, da muestras de querer hablar.)

ELENA.—(Aparte.) ¡Ay, qué agonía!

JORGE.—(Aparte.) Serán los suyos. ¡Los de siempre!...

ELENA.—Jorge: El corazón se me parte ante los desvíos de la suerte, y no puedo hablar; no acierto á explicarme lo que dentro de mí ocurre... Algo, Jorge, se antepone á la dicha soñada, á nuestro risueño porvenir..., y aunque siento enojarte, tengo el ineludible deber de decírtelo...

JORGE.—¿Qué ocurre?...

ELENA.—Tu no dudarás que siempre te he querido como se puede querer en el mundo.

JORGE.—Nunca lo he dudado...; pero ¿á qué viene eso?...

ELENA.—Escucha: nuestro amor siempre ha tenido por fin lograr nuestra unión.

JORGE.—¿Quién lo duda?...

ELENA.—No pudiendo efectuar nuestra unión, nuestro amor no encierra finalidad pura...

JORGE.—Aquí media un tercero. Las asechanzas de don Jenaro y las intrigas de las gentes, ¿te han vencido acaso?

ELENA.—Yo jamás presté oídos á pretensiones vanas ni á los dichos vulgares... Ya no son sólo ellos; la Sociedad, es el destino... ¡Es mi padre, Jorge!

JORGE.—(Con sorpresa.) ¡Tu padre!

ELENA.—El, que lo quiere, porque presagia desgracias que nos han de venir... ¡Yo quiero prever, yo quiero evitar algo que nos amenaza! Yo quiero, con mi sacrificio, salvar á mi padre, salvarte á ti, que sois los únicos por quien yo vivo...

JORGE.—(Contrariado.) ¡Sin tu amor para mí no hay salvación posible! ¡Pero aun hay esperanzas! (Con mesura.) Escucha, Elena: comprendo lo que te obliga á tan ingrata determinación. Nada me coge de susto, más cuanto que yo estoy avezado á las dificultades. Sólo aquel que sueña dichas, puede la realidad trocar en desengaños. En la vida sólo se encuentran quebrantos, dolores y aburrimientos; buscar otra cosa es no conocer la existencia. Nos esperan muchos sufrimientos; nada importa. Sufrir por algo grande es la única felicidad que existe. Gozar es lo más difícil: lo que nadie ha aprendido aún... No somos nosotros los culpables, no es tu padre el que se opone, es la sociedad que abre un abismo entre los enamorados, que pone la valla de las conveniencias para que todo sean odios en la vida... Nada temas, pues, Elena; yo agradezco tu sacrificio; mas no llegarás á él por ese camino. Nuestro sacrificio pide otros derroteros.

ELENA.—¡Tú no conoces á estas gentes; tú no sabes lo malas que son!

JORGE.—Porque las conozco sé que tu sacrificio sólo serviría para llenar los deseos de algunos necios... Contra los malos hay que defenderse con valentía.

ELENA.—Es verdad. ¡Pero tengo miedo! ¿Para qué nos habremos conocido nunca?

JORGE.—¿Para qué...? Para amarnos sin fin...; para juntar labios con labios, corazón con corazón, alma con alma; para comprendernos; para eso, para ayudarnos en todo...; para hacer frente á las contrariedades, desafiándolas con valentía y venciéndolas con éxito... ¿Me arrojaste acaso de tu corazón?

ELENA.—¡Si yo misma no podría!

JORGE.—Pues ya lo ves: nos amamos, ¿qué nos importa lo demás? No hay valla posible para un amor verdadero. Donde hay voluntad, no pueden existir obstáculos. Cuando, abandonado de todos, en medio de este infame mar de desigualdades, extravíado en el laberinto de una sociedad pródiga en alabanzas para unos y madrastra para otros; cuando, huérfano y solo, caminaba yo á la ventura, sin una voz cariñosa que me aconsejara ni una mano amante que me previniera, impulsado por la necesidad humana del vivir por conservar una vida que no sé por qué tenía tanto empeño en guardar, ¡cuántas veces lloraba por tantos desprecios como

tuve! Aquellas lágrimas eran mi primera protesta contra las corruptelas de los egoísmos humanos... Y yo, que nací para amar y para ser amado, nunca supe lo que es una buena amistad... Sólo cuando desperté del letargo de la infamia, esa madre de todos los desheredados que se llama necesidad, me impulsó un nuevo amor, un grande espíritu, que, recogiendo todas mis facultades para condensarlas en una sola, me infundió grandes deseos de aprender... En todo encontraba yo alguna enseñanza. Recuerdo que un día, trabajando en la construcción de una carretera, un buen hombre, ya viejo, que en compañía mía trabajaba, viendo mis deseos, se comprometió á enseñarme á leer, y así lo hizo. El me corregía las faltas en la lectura; me daba periódicos, que yo leía con fruición; un día, dándome un libro, me dijo: «En el mundo hay muchas injusticias que reparar... Preciso es aprender mucho para conocerlas... La humanidad empieza á libertarse de sus antiguas ligaduras... El mundo está necesitado de sabios; pero no sabios de la práctica: los sabios del hacer, que sepan unir la acción á la palabra. Tú eres listo, tú eres estudioso y debes aprender... La sabiduría es la única riqueza del mundo; porque no tiene límites, ni peligros. Toma este libro: por él aprenderás á conocer á los hombres, á rechazar lo que es injusto y á no transigir con lo que es falso. .»

ELENA.—¡Pobrecillo! Sería muy bueno.

JORGE.—Como lo son los que parecen malos... Hace mucho tiempo que no sé de él... Se habrá muerto tal vez... De sus enseñanzas, de sus consejos, bien me acuerdo; á él le debo mis grandes ideales... (Pausa.) ¡Si yo hubiera tenido un solo beso de mi madre y un consuelo de mi padre! ¡Pero todo me faltó...! Yo sabía que estaba solo, que nada tenía que temer... y odiaba mucho..., yo no sé á quién: á mi destino, á mi suerte; de mi odio brotó un espíritu de rebeldía que, cernido á mi cuerpo, le sentía dentro de mí, porque deseaba luchar, luchar mucho contra, ¡qué sé yo...!, contra todos los hombres... Nada me amedrentaba...; tenía momentos en que me electrizaba de gozo mi entereza sobrehumana y mi grande voluntad. Aproveché el tiempo como el oro. Me despedí de recreos, de las bacanales del arroyo, de las tentaciones de la calle, de los amigos, y me dignifiqué absorto entre las meditaciones y el estudio de libros que al-

canzar podía. Me creía dichoso, me sentía grande al verme con fuerza para no imitar á tanto imbécil que de taberna en taberna preparaban los funerales de sus familias...

ELENA.—¡Qué abnegación la tuya! Pero tus verdades al pueblo asustan.

JORGE.—Nadie las teme... Quien dice espantarse, es el primero que cree en la verdad de mis asertos... ¿Pero qué importa que los farsantes teman la verdad, si los esclavos abren los ojos y la escuchan? Hoy me atienden y me siguen los mismos que en otros tiempos de mí se asustaban... Continuaré peleando, continuaré en la lucha hasta vencer; tú me ayudarás, alentándome con tu cariño, como lo hiciste otros días, cuando todos de mí se mofaban, cuando tú compartías conmigo todos mis dolores, todas mis amarguras... Sois vosotras, sois las mujeres, las que habéis de ayudarnos, con vuestros cuidados, con vuestras sonrisas y amores, á regenerar el mundo... Sois las más necesitadas, pues á más de ser esclavas de la miseria, más aún sois esclavas de la ignorancia.

ELENA.—¡Ah, Jorge, si todos los hombres fueran como tú!...

JORGE.—Pronto lo serán... No está lejano el día en que, libre la mujer de rutinas domésticas y prejuicios religiosos, aprenda á caminar con firmeza... Sólo entonces podrá haber una sola clase, varones y hembras, pero todos libres...

ELENA.—¡Tus palabras me llegan al alma, Jorge! Siento, al escucharte, que todos mis pesares se alejan y que un hálito sublime que llega hasta el corazón me impulsa, me obliga á seguirte... (Con arrobamiento.) ¡Yo no puedo huir de ti, Jorge, porque estoy sujeta á ti por la red misteriosa de lo desconocido; porque vivo tu vida, y nada podré ser sin ti...! Ya nada temo: ¡manda!, dime qué he de hacer, pues como sé que he de sacrificarme, mi sacrificio será tan sólo para seguirte. (Se dan las manos, muy juntos, identificados, bajo el paroxismo de una gran pasión amorosa.)

JORGE.—¡Gracias, Elena adorada! Elevemos nuestra grandeza de alma; que por encima de todas las miserias humanas está el espíritu que nos anima de tantos mártires consagrados á la gran redención...

ESCENA VI

Dichos y TOMÁS.

TOMÁS.—(Desde la puerta de la casuca, con tono brusco y enfadoso.) Tú de palique y sin vino en la alacena... (Jorge y Elena, ambos con gran turbación, vanse: Elena, para la casuca; Jorge, por la izquierda.)

TOMÁS.—(Solo.) Demonio de chicuela; si me ablandara, conseguiría burlarse de mí... (Con pesadumbre y mirando por dónde se fué Jorge.) ¡Y ese hombre con ella! La desgracia me sigue á todas partes... (Yendo hacia la casucha.) ¡Pero esta chica!... (Llamando.) ¡Elena!... (Vase.)

ELENA.—(Dentro.) ¡Ya voy, padre, ya voy!... (Fuera.) ¡Jesús, cuánta prisa por el mosto... Sólo por olvidar, por olvidar... Yo creo que para olvidar no hace falta acordarse tanto del vino... (Vase por la izquierda con una botella en la mano.)

ESCENA VII

DON JENARO, y momentos después GUTIÉRREZ.

(Aumentan las sombras y se hace de noche.)

DON JENARO.—(Solo.) ¡Vaya!... En ningún lado se halla este buen hombre... Se hace de noche y sin que se le vea por ninguna parte...

GUTIÉRREZ.—(Entrando por la izquierda.) Ya estoy aquí.

DON JENARO.—¡Ah!... ¿Ya has venido?

GUTIÉRREZ.—¿No te digo que ya estoy aquí?

DON JENARO.—¿Y qué has visto?

GUTIÉRREZ.—¡Ah!... No, no he visto nada... Nadie ha ido á trabajar...

DON JENARO.—(Con sorpresa.) ¿No ha ido Esteban al trabajo?...

GUTIÉRREZ.—No.

DON JENARO.—Por supuesto... Es un vago sinvergüezza; no hace falta... ¿Pero no ha ido tampoco Manolo?

GUTIÉRREZ.—Nadie he visto.

DON JENARO.—¿Y también el «Chato» en huelga? ¡Ah, canalla! Con los favores que me deben... Bien podían pagarme cuatro pesetas que me adeudan cada uno... ¡Todavía que no se las pido, se portan así! Yo, bien sabe Dios

que se las hubiera perdonado; pero ya ves cómo lo agradecen...

GUTIÉRREZ.—(Con irónica burla.) ¡Claro, si son unos desagradecidos!...

DON JENARO.—Y unos sinvergüenzas, sin pizca de delicadeza...

GUTIÉRREZ.—Pues mal se ponen las cosas; parece que no están por ceder...

DON JENARO.—¡Menos cederé yo! Y me buscaré los medios para que acudan al trabajo, que es su deber.

GUTIÉRREZ —¡Es su deber!... Si es ironía, puede pasar.

DON JENARO.—(Con enfado.) Sí, señor; su deber es respetar y obedecer á sus superiores... Los hombres deben tener siquiera un poco de ciudadanía. (Gutiérrez se ríe.) No, no te rías... ¡Yo no estoy dispuesto á tolerar imposiciones de nadie! ¡Estaría bueno!...

GUTIÉRREZ.—(Con gravedad.) Tú no te has dado cuenta de la situación... La cosa está en extremo grave; más grave que tú te figuras...

DON JENARO.—Con seguridad que has visto al alcalde y te habrá infundido esos temores... ¿Verdad?

GUTIÉRREZ.—No; son mis observaciones las que presagian el peligro... Las cosas se pondrán peores si tú pierdes la cabeza...

DON JENARO.—Pues no la perderé; esa la tengo segura.

GUTIÉRREZ.—Eso es lo que hace falta: que pienses, que razones acertadamente alguna vez... Hoy nadie ha acudido al trabajo...

DON JENARO.—(Con mal humor.) ¡Ya irán, ya!

GUTIÉRREZ.—Ya comienzas tú á perder la cabeza... En la fábrica, todo inactivo; su tristeza y lobreguez exhala la ruina inmediata...

DON JENARO.—Nada me importa.

GUTIÉRREZ.—Si la situación continúa, el hambre y la desesperación se cebará en muchos infelices...

DON JENARO.—Menos me importa eso... porque ellos tienen la culpa.

GUTIÉRREZ.—Pero el mal llegará á todos, porque la mies está en sazón; de retardar la siega, la cosecha que la Naturaleza nos brindó abundante se perdería...

DON JENARO.—(Con sobresalto.) ¡Recontra! ¡Eso no se podría permitir! ¡La siega es sagrada! ¡Habrá que emplear la fuerza: no cabe duda!... Se han propuesto hacer el tonto, y les pesará. ¡Ya lo creo que les pesará!...

GUTIÉRREZ.—(Con indiferencia.) Me parece que la pierdes...

DON JENARO.—¿El qué? ¿La huelga?

GUTIÉRREZ.—No; la cabeza...

DON JENARO.- ¿Pero, crees tú que yo voy á permitir esas algaradas? ¡Pues, no, señor!... Este es un pueblo pacífico y repudia todo ese cieno de provincias. Pero no creas que yo me asusto... Si se han ido del trabajo, ya vendrán... Y cuando vengan será la mía... ¡Se podrán quejar todavía! ¡Mala gente!

GUTIÉRREZ.—(Con calma.) Te quemas á los primeros chispazos, y aunque la cosa está grave esto no es más que algunas gotas de espuma de ese mar de las ideas que comienzan á llegar á estos poblados. Cada vez vendrán más gotas, y después fuertes chorros, tan grandes, que tendrás que nadar si quieres salvarte. Y nadar es conocer el intento de las aguas. Así son las ideas nuevas: aguas del mar de las desigualdades, que para librarse de ellas hace falta conocerlas. Tú mismo estás convencido de que tus obreros tienen razón en sus peticiones, solo que no tienes la valentía de confesarlo... Escúchalos y poneos de acuerdo: hablando se entiende la gente...

DON JENARO.—Mi autoridad y mi prestigio no me permiten hablar con ellos...

GUTIÉRREZ.—La autoridad sólo está en quien sabe respetar los derechos, y tu prestigio será mayor cuando comiences á ser justo.

DON JENARO.—¡Ser justo! ¿Acaso no lo fuí yo siempre? Más injustos han sido siempre ellos para mí. Trabajan sin fe ninguna; trabajan por trabajar y nada más. Y trabajan mientras yo los veo, que cuando vuelvo la espalda se sientan. Y encima piden un real más de jornal... ¿Habrá desfachatez semejante?... Antes se ganaba menos y nadie se quejaba, ni amenazaban con la Sociedad, como ahora hacen... Yo no reconoceré esa Sociedad..., porque no tengo que reconocerla... ¡Como si yo no supiera lo que se trama! ¿Para que estén con peticiones á cada momento?...

GUTIÉRREZ.—Pues tú también has sido obrero.

DON JENARO.—Sí..., y por eso conozco la clase de gente que son. Yo fuí obrero y no me arrepiento de ello, pero yo era muy distinto á los demás.

GUTIÉRREZ (con ironía).—Dichoso tú, que siendo tan... honrado, te hiciste con dinero.

DON JENARO.—Por mis ahorros y economías, trabajando mucho y no derrochando nada...

GUTIÉRREZ.—Diles tú qué es lo que han de hacer.
DON JENARO.—Que se resignen.
GUTIÉRREZ.—¡Resignarse!... Cuando se trabaja como bestias de carga un día y otro día, no es posible resignarse; cuando se carece de todo, hasta del tiempo necesario para reparar las fuerzas gastadas y de lo preciso para instruirse; cuando se ve á miles de ociosos que, sin producir nada, derrochan el producto del trabajo de millones de proletarios; cuando se ven esos ejemplos que la realidad amarga nos presenta, no se puede ser mansos borregos, ni se puede discurrir con claridad, ni pensar serenamente, ni se pueden dominar los impulsos con la placidez de los hombres dichosos, ni se pueden tener buenas intenciones, porque, azotados los pobres por la ley del salario, escarnecidos por el lujo y sometidos á una vigilia forzosa, han de ser rebeldes por fuerza... ¡Hay rebeldías terribles, que no respetan leyes ni nada!
DON JENARO —(Con mal humor.) Y tú ¿qué quieres decir con eso?
GUTIÉRREZ.—Que evites que esa rebeldía llegue. Que no todos pueden estar satisfechos como tú; porque no á todos se les presenta un negocio en que se puedan meter las manos como...
DON JENARO.—¿Qué dices?... ¿Vas á censurarme lo ya pasado?...
GUTIÉRREZ.—No, es lo presente...; pero siempre tiene relación lo que se hizo con lo que se está haciendo...
DON JENARO.—Para contentarte á ti, debo yo renunciar á todo y entregarme por completo á esos vagabundos... ¡Mucho defiendes á esos bellacos!
GUTIÉRREZ.—(Con turbación.) Pero...
DON JENARO.—¡Tendré en cuenta tu conducta, para no fiarme más de ti!... Te creía más fiel. (Gutiérrez hace intención de hablar.) Me has desengañado; tú no eres mi amigo... Nos conocimos de muy jóvenes; yo siempre seguí queriéndote; te hice mi secretario y administrador de todo porque jamás dudé de tu confianza... (Con desaliento.) Pero me has engañado... ¡Tú no me quieres; tú defiendes á esos perros, que quieren arruinarme y perderme!...
GUTIÉRREZ.—¡Calma, hombre, calma... Ya sabes que yo...
DON JENARO.—¡No...; si no me haces falta! ¡Vete con ellos; todos sois iguales!...

Gutiérrez.—Pero, hombre, escucha...

Don Jenaro.—(Echándole.) ¡Vete!... (Pausa.) (Jenaro, desesperado, habla solo. Gutiérrez, cínicamente, busca la manera de aplacarle.)

Gutiérrez.—(Aparte.) Tendremos paciencia, que no ha llegado el tiempo de reñir. (Fuerte.) Yo no quería ofenderte... No te pongas así... Yo no sé ni cómo te has atrevido á dudar de mí... (Fingiendo.) ¡Pero si tú eres mi mejor amigo, mi amo, mi protector!...

Don Jenaro.—¡Calla, que no quiero oirte! Cuando á un amigo se le traiciona, todo se ha acabado.

Gutiérrez.—No, hombre, no; no sigas por ese camino. Si yo soy tuyo. Pues buenas piezas están los obreros para que yo los defienda... (Con marcado fingimiento.) Si son unos vagos... Sí, señor, unos vagos... y unos egoístas que con nada se conforman... y hay que acabar con ellos de una vez. (Con burla.) Ganan cinco reales por trabajar de sol á sol nada más y todavía no están contentos... ¿Ves cómo no les defiendo? Tú tienes razón; digo, tenemos razón, porque los dos somos del mismo parecer... ¡Y les hemos de vencer..., y aquí me tienes, para lo que tú quieras... eso ya lo sabes!... (Aparte.) ¡A lo que se ve uno obligado por culpa del estómago! (Pausa.) ¿Todavía dudas?... Pues ahora mismo te voy á demostrar mis grandes afectos hacia ti... ¡Voy á la fábrica, al campo, á todas partes á mandarles, á exigirles, á obligarles que trabajen!... ¿Quieres venir tú?...

Don Jenaro.—No; ve tú solo. Yo tengo que hablar con Tomás... Y fíjate bien en los rebeldes para que des cuenta al alcalde... (Mudando de tono.) Es necesario, sí...; hay que prender á un granuja, á varios granujas... Hay que atarles corto... Hoy los hombres andan muy sueltos; por eso pasa lo que pasa...

Gutiérrez.—(Con burlona terquedad.) ¡Eso es! Se les prenderá, se les atará corto, se les fusilará... todo... todo... (Vase Gutiérrez.)

ESCENA VIII

Don Jenaro. y momentos después Elena.

Don Jenaro.—(Solo.) Y vamos ahora con Tomás. ¡Pobre Tomás! He aquí un hombre que vale cualquier cosa. Es uu bruto... y muy vergonzoso, pero es bueno. Se mataría antes que desobedecer á su amo. Me respeta como

ninguno, y si le mandan rodar, rueda...; así deben ser los hombres: obedientes, sumisos..., en fin, como es Tomás. Pero ya quedan pocos como este hombre; y, no obstante, hay algunos de éstos buenos, muchachos que sin hacer caso á los revoltosos que proclaman huelgas, siguen en su trabajo, defendiendo á los que sacrifican el capital porque ellos coman. Estamos en unos tiempos que ni aun de éstos se puede uno fiar... Cuando traicionan á los suyos... Pero Tomás, no; por eso cuento con él..., y ¡qué demonio! cuando la lucha está entablada hay que agarrarse donde se pueda, y Tomás es mi tabla de salvación; yo necesito alguien que lleve á la práctica mis pensamientos. Tomás me servirá á las mil maravillas. Es muy fácil dominarle: todo se lo cree... ¡Ah! si de ésta me saca adelante, mi recompensa no tendrá límites; nunca le faltará trabajo en mi casa... Y si me pide algo prestado... nada hay que decir: antes será él, que no otros. (Viendo á Elena, que entra con una botella en la mano.) ¡Oh! ¡Sorpresa grande!... (Elena intenta huir hacia la casita; Jenaro la detiene.) Aguarda, muchacha; hemos de hablar. ¡Recristo! ¿Tienes miedo?

ELENA.—(Resuelta.) ¡Siempre lo tuve de usted!

DON JENARO.—Siempre fuiste muy miedosa.

ELENA.—(Con ademán de irse.) Déjeme paso.

DON JENARO.—Dame tú, en cambio, esperanza.

ELENA.—(Con desaliento.) ¡Es usted odioso!

DON JENARO.—Y tú muy bonita... ¿No ves que te quiero, Elena?

ELENA.—¿Y no siente usted que le odio?... ¿Para qué me martiriza más?

DON JENARO.—¡Elena!

ELENA.—(Con impaciencia.) ¡Basta, que me voy!

DON JENARO.—No te irás mientras no salga de tus labios bonitos la palabra que tanto tiempo espero.

ELENA.—(Cada vez más impaciente.) ¡Oh, Dios mío! Mi padre espera para cenar.

DON JENARO.—(Con generosidad de avaro.) Cenaras con tu padre en la fonda...; yo lo pagaré...

ELENA.—Gracias; hoy tenemos cena.

DON JENARO.—Es que lo digo de veras. Si queréis... Ya sabes que por ti estoy decidido á cualquier sacrificio.

ELENA.—Gracias; se le agradece.

DON JENARO.—Bueno, te daré gusto: cenad en casa, pues; en todas las cosas te demostraré que te quiero. Ya ven-

drán días en que cenaremos todos en la fonda..., y sin importar gastos... y todos juntos, ¡qué demonio! ¿No vas á ser mi mujer? Y ya verás, ya verás...

ELENA.—(Aparte.) ¡Ay, qué angustia!

DON JENARO.—Y debes llamarme de tú..., tutearme; si á mí me gusta eso; si voy á ser tu marido; tienes que irte acostumbrando.

ELENA.—¡Mi marido! ¡Qué horror!

DON JENARO.—¡Bah! Ya te lo ha dicho Mónica, te lo ha dicho tu padre... y yo..., y yo que siempre te lo estoy repitiendo. ¿Qué más quieres?

ELENA.—Nada...

DON JENARO.—¿Te casarás?...

ELENA.—Con usted, nunca...

DON JENARO.—¿Y si te obligan?... ¿Y si por salvar á tu padre te ves obligada á unirte á uno, á mí mismo?

ELENA.—¡Qué cruel es usted!

DON JENARO.—Soy tu...

ELENA.—(Sobresaltada.) ¿Qué?...

DON JENARO.—¿Salvarás á tu padre?

ELENA.—Cuando sea menester; pero eso no importa para despreciarle á usted cual se merece...

DON JENARO.—Tu padre no tiene otra salvación que tu matrimonio. Si ahora no está en peligro, lo estará bien pronto. Yo seré el único que podré salvarle, pero tu serás mi esposa.

ELENA.—Lo seré para maldecirle...

DON JENARO.—Entonces, despreciarás al otro; no volverás á acordarte de Jorge...

ELENA.—Jamás le olvidaré.

DON JENARO.—Cuando seas mi mujer te exigiré cumplir tus deberes...

ELENA.—Yo siempre los he cumplido.

DON JENARO.—¡Serás mía, solo mía! Y al ser mía, no serás de ningún otro...

ELENA.—(Cada vez más apurada.) ¿Pero me quiere usted dejar en paz?

DON JENARO.—Cuando me des palabra de olvidar á ese mequetrefe de Jorge.

ELENA.—Siempre me acordaré de él.

DON JENARO.—¿Y aun después de casada?

ELENA.—¡Y aun después de muerta!

DON JENARO.—(Con terquedad de niño.) ¡Pues eso no puede ser!

Elena.—Lo que no puede ser es olvidar cuando se ama de veras, como tampoco se puede querer á quien se odia. (Vase Elena por la casucha.)

ESCENA IX

DON JENARO, solo.

Don Jenaro.—¡Oh, qué linda se pone estando furiosa! Me gusta verla así... Pero es una tontuela... y todos son unos tontos... Creerán que yo me voy á casar con ella... ¡Bah! ¡Tendría que ver! ¡Cómo iban á disfrutar! ¡Ella viuda y rica, y él!... ¡Ca, ca!... (Como tomando una resolución.) Haré saber al mundo que la quiero á ella, que me quiero casar con ella y todo por ella. Pero yo no soy un zote y sé lo que me hago... Los hombres que se casan no saben lo que hacen. Casarse es perder muchos derechos y cargar con muchos deberes (Tocándose la frente.) y con otras cosas que no hay derecho. Y si no, haber: siendo solteros somos dueños de todas las mujeres, porque estamos dispuestos á que todas sean nuestras, y de casados sólo somos amos de una sola... y á veces de media, porque la otra media ya se encarga algún amigo de robárnosla... cuando no es la mujer la que nos roba los amigos. Soy soltero y seguiré soltero. Allá, en mis juventudes, estuve á punto de naufragar y pensé en ser marido... Desistí bien pronto. Las mujeres suelen salir caras; todas comen. Quiero ser solo, ¡solo! No quiero compartir con nadie lo que es mío... Deseo estar aislado, que todos sean para mí..., porque todo será mío..., para mí solo... ¡Desgraciado el que se ponga por delante! Un botarate se rebeló, quiso poner valla á mis mandatos y norma á mis deseos..., sin saber el infeliz lo que soy yo; pero le saldrá caro el arriesgo. El se enaltece y ella no se doblega... Mis precauciones están tomadas; mis proyectos se harán... Hay que terminar de una vez... Una vez dado el golpe, que se case ella con quien quiera. Y si los otros siguen tonteando con la huelga... ¡Ya verán ellos quién es Jenaro Cerriles Cascada! (Acercándose á la casita y llamando.) ¡Tomás, Tomás!

ESCENA X

Jenaro y Tomás.

(Tomás, por la casucha, en estado de embriaguez; habla gangoso por la situación ebria; pero sin exagerar la acción.)

Tomás.—(Desde la puerta.) Hola, señor amo; muy buenas y santas noches. (Se acerca á don Jenaro tambaleándose, pero muy disimulado.)

Don Jenaro.—(Contrariado porque ha notado la falta de seriedad en Tomás.) ¿Pero has bebido?

Tomás.—¿Ha dicho usted bebido? Bebido..., bebido...; no sé; creo que sí.

Don Jenaro.—¡Maldito seas! Esta noche que quería yo que estuvieras sereno...

Tomás.—Pues me quedaré de sereno...; pero aguardaremos que sea de día.

Don Jenaro. —¡Calla!

Tomás.—Pues me callo...

Don Jenaro.—(Un tanto desesperado.) ¡Ah, que suerte la mía! (Aparte.) ¡Y yo que quería que fuera esta noche mismo! ¿Y quién se aventura con este hombre así? ¿Qué hacer? (Pausa; después fuerte.) ¿Cómo te hallas, Tomás?

Tomás.—Bien, gracias. ¿Y usted?

Don Jenaro.—No, hombre, no es eso. Quiero decir que si te hallas bien; vamos, ¿que si te baila la cabeza?

Tomás.—(Cogiéndose la cabeza con ambas manos.) No, ahora no. (Pausa. Jenaro observa con ansiedad á Tomás.)

Don Jenaro.—(Aparte.) ¡Vaya una suerte! Pero en fin, puede que logre algo de este hombre... Dicen que el vino quita la vergüenza, pero no la razón, y eso me conviene; que haya mucha razón, pero muy poca vergüenza... En fin, probemos. (Fuerte.) Esta nochees la definitiva...

Tomás.—(Como demente.) ¿Qué?

Don Jenaro.—(Con misterio y bajando la voz.) Esta nochees la convenida... para eso..., ya sabes... (Tomás, como embobado, no comprende.) ¿Te hallas dispuesto?... (Tomás no comprende.) ¡Recontra! Hemos de dar el golpe á ese charrán...

Tomás.—(Con sobresalto, como si súbitamente se le quitase la borrachera.) ¡Cómo!

Don Jenaro.—(Animando.) ¡Hoy es cuando han de verse los hombres valientes!

TOMÁS.—(Con gran turbación.) No puedo, señor amo, no puedo; me falta valor.

DON JENARO.—(Con enfado.) ¿No habíamos quedado en ello?

TOMÁS.—Yo dije que lo pensaría...; pero..., yo no puedo... ¡Un crimen me repugna!... ¡Me da horror!...

DON JENARO.—(Con indignación.) ¡Eres un cobarde! ¡Un gallina! ¿No decías que ibas á ayudarme, miedoso?... ¡Lograrás que te arroje de mi casa!

TOMÁS.—(Con humildad.) Mire, señor Jenaro, que...

DON JENARO.—¡Basta!... Tantos peros, con los favores que me debes. ¡Imbécil! ¡No cuentes para nada conmigo.

TOMÁS.—(Suplicante.) ¡Por Dios, señor amo! No ha contado usted con mis hijas... Cometer un crimen es horrible... Hay otros medios..., y yo...

DON JENARO.—¿Otros medios? No; este es el único...; pero te da miedo. ¿Consentirás que ese sinvergüenza se salga con la suya? ¿Vamos á consentirle que con sus ideas traiga revuelto todo el pueblo?

TOMÁS.—Nos exponemos á un peligro que...

DON JENARO.—¿Pero crees tú que nos ha de pasar algo? Yo tengo dinero; para el dinero no hay rival ni justicia posible. El dinero es el Dios omnipotente de la tierra... Todo se compra con dinero; con dinero no se apresa á nadie. Tú no tienes nada que temer; yo soy el que manda; tú eres el brazo que ejecuta..., y no hay que ser gallina, que dinero no nos ha de faltar. Amigo mío es el juez; el alcalde hará lo que yo diga, y al cura ya le diré yo que te ponga á bien con Dios... ¿Tú crees que yo soy un lila? Todo está dispuesto. Ya estarán los alguaciles para declarar á favor en caso que haga falta.

TOMÁS.—(Con angustia.) ¡Ay, señor Jenaro! Dejémoslo para otro día. ¡Me horroriza sólo pensar...!

DON JENARO.—¡Acabarás de ser tonto! (Sacando un puñal y dándoselo á Tomás.) Toma, guárdatele; éste no mete ruido. (Tomás coge el puñal con miedo y le guarda con recelo.)

DON JENARO.—¿Estás decidido?... (Pequeña pausa.) ¿Serás hombre?...

TOMÁS.—(Temblando.) Si usted lo manda...

DON JENARO.—Pues vamos allá... (Van á salir y se detienen en el foro y miran hacia la izquierda.) ¡Por allí viene alguien; una sombra se distingue y debe ser él... (Pausa.) Sí, él es... Escondámonos. (Vanse por la derecha.)

ESCENA XI

JORGE, y después DON JENARO; TOMÁS, ELENA y dos alguaciles.

JORGE.—(Sólo.) ¡Nadie! Todo es silencio en esta noche oscura y misteriosa. Parece que no ocurre nada en el mundo que pueda turbar la calma. ¡Qué bella es la noche! Sólo de noche se vive, se sueña, se piensa... ¡Hermoso manto de sombras que sabes cubrir injusticias y miserias!... ¡Tú debías subsistir eterno mientras no sea llegada la hora del sol de la justicia! Nada se oye... ni el respirar de los que duermen... Todo lo envuelve la noche con su silencio... Sólo el latir de un corazón amante que anuncia algo que ha de ocurrir... (Se acerca á la casita.) ¡Qué coincidencia! Yo al pié de su puerta como único dueño, como único guardián del tesoro que encierra su corazón... Jamás sospeché que el implacable destino me reservaría una pasión tan grande, tan superior... ¡Oh!... ¡Horrible tormento el mío! Mi imaginación se inflama y me tortura; mi cerebro, en continua lucha con el corazón... En el sentir y en el pensar está el problema de la vida... ¿Cuál es antes?... ¿Pensar?... ¿Sentir?... Yo bien sé que los hombres han de tener más cerebro que corazón...; pero algo misterioso me impulsa, me envuelve como una pelota y me lanza aquí... al pié de esta puerta... ¿para qué? no sé, no sé... pero vengo... ¡Algo hay que me trae!... (Aparecen por la derecha Jenaro y Tomás.) ¡Ah...! Alguien viene... ¿Será Elena? ¡No! Son dos hombres. ¿Y á estas horas?...

DON JENARO.—(Aparte y á Tomás.) Y hablando sólo el pajarraco... vendría como siempre: á saborear el fruto prohibido... (A Jorge.) Os dais mucho á pensar, mocito... Algo os preocupa... ¿no es eso?...

JORGE.—(Con frío desprecio.) ¿Decía usted algo?...

TOMÁS.—No, nada... Que ahora, como estáis de huelga, estáis bien descansados... (Recalcando la frase.) Y tenéis tiempo para todo...

JORGE,—Menos para oirle á usted. (Intenta marcharse.)

DON JENARO.—Aguardad un poco... (Con mucha calma.) No corred tanto, que no váis á llegar tarde al trabajo... (Apuntando á Tomás.) Tiene éste que ajustaros alguna cuenta... Tenemos que suprimir algo que está de más.

JORGE.—(Con impaciencia y como queriendo irse.) El que está aquí de más soy yo.

DON JENARO.—Tal vez... Pero aguardad. Sois muy impaciente y eso os sienta muy mal.

JORGE.—(Con enfado.) Bueno, se acabó; no quiero oir más necedades; dígame qué es lo que desea...

DON JENARO.—¡Cómo! ¿También faltarme al respeto?...

JORGE.—Hay que saber respetar si se quiere ser respetado... Y... de hombre á hombre no es muy larga la distancia...

DON JENARO.—¡También me desafías, deslenguado!... Cuando tú sabes que puedo meterte en presidio por revoltoso y revolucionario... ¿Crees tú que no sé tus marañas, que no conozco tus bellaquerías para seducir á esos tontos?... (Jorge, á medida que oye á don Jenaro, se reprime y excita alternativamente. Tomás, separado, tiembla.)

JORGE.—(Con indignación.) ¡Ya que viene con amenazas, sosténgalas!... ¡Defiéndase si tiene valor!...

DON JENARO.—(Viendo la actitud siniestra de Jorge, retrocede un poco, y cambiando de actitud.) No; es éste... (Apuntando á Tomás.) Es Tomás, que quiere vengar su honor ultrajado... Has mancillado su honra... siendo el amante de su hija... (A Tomás.) ¿No es verdad? (Tomás hace signos afirmativos.)

JORGE.—(Con energía.) ¡Eres un canalla!

DON JENARO.—(Con cinismo cruel, donde se manifiesta infamia.) ¡Lo seré! ¡Pero me oirás! Quiero que sufras como yo he sufrido, como me habéis hecho sufrir; y no intentes hacer nada, porque te será inútil: tengo bien cerca de mí guardianes, que te darán muerte si intentas agredirme. Esa mujer, á quien venías á ver; esa, á quien tú amas, no será para ti, porque será mía; porque yo quiero... (Jorge, mientras, aumenta en ira; y don Jenaro, que cree llevar las de ganar, va acercándose á Tomás, y éste, en la misma forma, se aleja.)

JORGE.—(Yendo hacia don Jenaro, colérico y terrible, y asiéndole con gran excitación intenta derribarle.) ¡Mentira! ¡Canalla!... ¡Monstruo abominable!

DON JENARO.—(Con voz sofocada é intentando desasirse.) ¡Tomás! ¡Tomás! (Tomás saca el cuchillo de la faja; le mira con miedo, le da horror, titubea. Todo en breves momentos. Se acerca á Jorge por detrás, y cuando levanta el brazo con ademán terrible por la espalda de Jorge, sale Elena velozmente por la casita y detiene el brazo de su padre.)

ELENA.—(Deteniendo á Tomás.) ¡Padre!... ¡Jorge!... ¡Huye!

(Entran en escena dos hombres con gorra galoneada, que indica que son dependientes del Ayuntamiento del pueblo.)

DON JENARO.—(Desasiéndose de Jorge y á lcs alguaciles.) ¡Prendedle!... ¡Ha intentado asesinarme! (Los alguaciles van á prender á Jorge, y éste, al verlos, vase corriendo por la izquierda; los dos alguaciles tras él.)

JORGE.—(Al irse.) ¡Lo veremos!

FIN DEL CUADRO PRIMERO

CUADRO SEGUNDO

elón de calle. Es de día. Atraviesan la escena dos obreros, conducidos por dos guardias civiles. Blas y Esteban entran tras de ellos, parándose en escena, y hablan animadamente.

ESCENA PRIMERA

BLAS y ESTEBAN (hablan con acento pueblerino).

ESTEBAN.—¿Has visto?
BLAS.—Sí; la cosa se pone mal.
ESTEBAN.—¿Quién son esos dos?
BLAS.—¿No les has conocido?... Pues uno es *El Chato;* el otro me parece que es Manolo.
ESTEBAN.—Pues ya van unos pocos presos...
BLAS.—Diez y ocho.
ESTEBAN.—¡Na! Y acabarán por meternos á toos...
BLAS.—¡Pues ya lo creo!
ESTEBAN.—Pues si á mí me meten preso, ¡pa qué quiero más fiesta! Ya puedo prepararme pa entrar en mi casa, porque me paece que no entro...
BLAS.—¿Pues cómo vas á entrar, si estás preso?
ESTEBAN.—Lo digo por mi mujer...
BLAS.—¡Ah! Entonces, ya te comprendo.
ESTEBAN.—Na, na; que yo no quiero seguir así más... Yo comprendo que esto es por nuestro bien...; pero antes no había Sociedá y el mundo no se ha terminado... ¡Pobres de los pobres, que seremos pobres porque somos pobres!
BLAS.—¿Y estás decidido á ir á trabajar?
ESTEBAN.—Y tanto que estoy decidido... ¡Pos así que no llevamos días en huelga!... (Mirándose las manos.) ¡Pos si ya tengo las manos casi enseñoritás!
BLAS.—Ya va más de un mes que abandonamos el trabajo!

ESTEBAN.—¡Na! Un mes de jornales que se ha guardao el amo...

BLAS —Y el pico...

ESTEBAN.—El pico mío, no; le tengo yo en casa; le recogí con el azadón.

BLAS.—Pero aunque muchos jornales se guarde, también ha perdío...

ESTEBAN.—Pero mucho, mucho ha perdido... Ese hombre es tan testarudo, que es capaz de perderlo todo antes que ceder. La cosecha, hecha una lástima: casi todo perdido. ¡Oh, qué brutos somos! ¡Si te digo que no tenemos perdón de Dios!

BLAS.—Y todo esto para na; porque no hemos ganado na... Muchos descaros y muchos disgustos... ¡Ah!, y gracias á esa Sociedá de obreros de Madrid, que nos ha ido socorriendo; pos, si no, ¡cualquiera iba á la huelga... Conque no podemos comer trabajando, conque engüelvaos..., no sé... ¡Pues bueno es el panadero y el tío Santos el de la tienda, para fiar!... Así es que como no reciba Jorge más cuartos de Madrid, como nos ha dicho, yo no espero más...

ESTEBAN.—Pues yo no aguardo tanto. Mañana voy á trabajar aunque me den una paliza, como se la dieron á Tomás... Hoy han ido á trabajar cuatro, y así iremos todos... Yo, ya te lo digo: mañana voy donde me destine don Jenaro. Luego el que pierde, pierde... ¡A mí me da mucha lástima del amo, la verdad! Yo en su casa toa la vida, y hacerle este desaire, ¡no me parece bien!...

BLAS.—Estás en lo cierto, Esteban.

ESTEBAN.—¿Pues no he de estarlo, Blas? ¡Si me da mucha lástima del amo! Somos unos desagradecidos, como él dice... Ayer, por un casual, me encontré con don Jenaro... ¡y cómo está! Completamente desmejorado. ¡Como que no debe dormir na, ni comer na, ni beber na!...

BLAS.—Ni na, ni na. ¿Y qué te dijo?

ESTEBAN.—Lo de siempre, que éramos unos indecentes tú y yo...

BLAS.—¿Nada más?

ESTEBAN.—Bueno; eso me lo dijo enfadado, pero cuando se calmó me dijo que tú y yo éramos... unos sinvergüenzas... (Gestos de sorpresa en Blas.) Son palabras suyas, como tú sabes...

BLAS.—Claro, el hombre nos creía de su confianza, y por eso está que trina.

ESTEBAN.—Pues por eso aceptó la huelga... Creía que como nos veía tan dóciles y pacíficos, y que no teníamos en dónde caernos muertos..., pues afrontó el conflicto.

BLAS.—¡Bien le pesa al pobre señor!

ESTEBAN.—Y á mí también me pesa, ¡qué demonio! Pero yo voy á trabajar, y bien sabe Dios que lo siento... Me tomaréis ojeriza, me llamaréis traidor...; pero cada uno es cada uno... y sabe lo que se hace... En mi casa todos los días hay músicas... á todas horas con regañicas. Tú ya sabes lo que es la Bernarda, mi mujer. Tú sabes lo arañona que es... No se puede con ella; siempre me está con la misma cantinela: «Tú no tienes que ver con los demás; si los otros no trabajan, allá ellos...; pobres hemos nacido y pobres tenemos que morir...; con los ricos no hay quien pueda...» Todas estas cosas me las dice dándome arrempujones... y no me pega más, porque...

BLAS.—Porque no te dejarás.

ESTEBAN.—¡Quiá! Porque me escapo más que al paso. (Pequeña pausa.)

BLAS.—Oye, Esteban: yo creo que debes esperar á ver en qué para esto...

ESTEBAN.—Pero ¿y mi mujer?

BLAS.—La dices que don Jenaro no recibe á nadie.

ESTEBAN (temblando).—¡Y me asesina! No, no, Blas; yo voy...

BLAS (mirando lateral izquierda).—¡Calla! Alguien viene...

ESTEBAN (asustado).—Será la autoridad. (Intentando huir.) ¿O será mi mujer?

BLAS.—No; son tres compañeros.

ESCENA II

Dichos, ANSELMO y dos OBREROS más.

ANSELMO (entrando con los obreros.)—Salud, camaradas...

BLAS.—Bien venidos seáis. (Todos se saludan.)

ANSELMO.—¿Y qué impresiones tenéis?

BLAS.—¿Impresiones? (Mirando y apuntando á Esteban.) El único impresionado es éste... por los julepes que le da su mujer.

OBRERO 1.°—De esa enfermedad también padezco yo. Entre mi mujer, mi suegra y la hija de mi suegra ¡es chica la carga que me dan!; pero yo no hago caso...

OBRERO 2.°—Haces muy bien, pues si fuéramos á hacer caso á las mujeres en estos asuntos, apañados estaríamos.

Blas.—Porque no las tenéis acostumbradas...

Obrero 1.°—¡No sé qué ibas á hacer tú! Eso lo dices porque estás soltero...

Blas.—Pero tengo acostumbrada á mi novia á esto de las huelgas... Hace cinco años que ella y yo hemos declarado la huelga al matrimonio, y no nos casamos... por eso...: porque estamos en huelga...

Anselmo.—No divaguéis en cosas pueriles. Las mujeres de los trabajadores son muchas veces las causantes de las derrotas de los obreros, porque influyen en sus maridos y cambian la voluntad de los huelguistas; ellas, las pobres, se atemorizan porque presagian que las ha de faltar algún día el salario, que es el sostén de su casa, y son muy pocas las que comprenden la finalidad de de la lucha, la clave de la verdadera vida. ¡Sufren tanto las pobres! ¡Se ven tan esclavizadas, que temen, más que la desgracia de una derrota, el tormento de la pelea! No las entreguemos nuestra voluntad, porque iríamos al precipicio; pero tampoco las mermemos derechos que las corresponden ni las censuremos su ignorancia, porque de ella somos los culpables nosotros, que no supimos educarlas.

Esteban.—A mi mujer no hay quien la eduque... porque ya no le cabe nada en la cabeza.

Obrero 1.°—(Escuchando.) ¡Callad! Parece que suenan pasos, que avanzan. (Sale por la izquierda á mirar, volviendo al momento.) Se me había figurado; pero no se ve á nadie...

Obrero 2.°—Este es un sitio reservado.

Blas.—Sí; el camino de la cárcel. Y hay que estar prevenido...

Esteban.—Pues si nos meten á todos presos, menos podemos ir á trabajar.

Anselmo.— Pero irán otros por nosotros; nunca faltan traidores...

Blas.—Ya han detenido á dos más.

Anselmo.—¡Y siempre los más activos!...

Obrero 1.°—Y gracias á que Jorge se esconde.

Obrero 2.°—Ganas le tienen. No les basta arrebatarle la novia; quieren cebarse en él.

Anselmo.—¡Pobre Elena! Su suerte me tiene con cuidado. Su padre es un dejadote, y bajo las garras de don Jenaro no quedará muy bien parada.

Obrero 1.°—¿Y no sabéis dónde está Elena?

ANSELMO.—Y nadie podrá averiguarlo. ¡Yo conozco á don Jenaro y sé de lo que es capaz!...
OBRERO 1.º—Pues yo sé dónde han metido á Elena.
ANSELMO.—(Con ansiedad.) ¿Tú?...
OBRERO 1.º—Yo.
ANSELMO.—¡Pues habla!
OBRERO 1.º—Se lo he oído decir á doña Mónica.
BLAS.—¡Bah! ¡Valiente esperpento!
ESTEBAN.—Basta que lo haya dicho doña Mónica para no creerlo.
ANSELMO.—(Incomodado.) ¡Callaos ya! (A Obrero 1.º) Cuenta, cuenta.
OBRERO 1.º—Pues, veréis... Ayer por la mañana, de madrugada...
ANSELMO.—Bueno, sigue.
OBRERO 1.º—Era por la mañana y bastante temprano, cuando yo venía de dar una vuelta por la fábrica; pues ya sabéis que hay que vigilar por si aparecen huéspedes...
ANSELMO.—Bueno, bueno. (Con impaciencia.)
OBRERO 1.º—Encontréme, porque sonaban, porque yo las oía, voces de mujeres que charlaban; era junto á la tapia del corral del tío Ecequiel.
ANSELMO.—¿Pero sabes dónde se halla Elena ó no?
OBRERO 1.º—Sí; ahora lo voy á decir... Yo me paré á escuchar, porque hablaban de Elena y quise enterarme de lo que de Elena decían... Yo me escondí para que no pudieran verme; porque sé que á los huelguistas nadie los puede ver; y una de las mujeres, que era doña Monica, decía: «No digáis á nadie que Elena está en el convento; que nadie se entere.»
OBRERO 2.º—¿Y tú escuchando? (Riendo.) ¡Ja, ja!
BLAS.—Pues á buena parte han fiado el secreto... ¡Beatas y que no se entere nadie!...
ANSELMO.—(A Obrero 1.º) ¿Y no viste más?
OBRERO 1.º—Cuando me enteré dónde se hallaba Elena, me marché para que no me vieran.
ANSELMO.—Basta con eso; ahora es preciso que procuremos prestar un servicio á Jorge, ya que tantos sacrificios ha hecho por nosotros. Libremos á la mujer que él más quiere.
BLAS.—¿Pero querrán hacerla monja como á su hermana?
ANSELMO.—Eso es sin duda para impedir que se case con Jorge.

ESTEBAN.—¡Maldito convento!... ¡Si parece que está hecho para encarcelar mozas!

ANSELMO.—¡Si las mujeres pensaran lo que la Iglesia les esclaviza, ninguna pisaría el templo del fanatismo!

BLAS.—Muy bien dicho.

ANSELMO.—Ya sabéis que á Jorge le persiguen, y no seremos bastante hombres si no conseguimos libertar á Elena de las garras del funesto tirano é impedir que Jorge dé con sus huesos en la cárcel...

BLAS.—Lo impediremos.

ANSELMO.—Si logramos retener á Jorge á nuestro lado y nosotros no somos gallinas, la huelga la tenemos ganada. Jorge, con su esclarecido talento, nos sabe llevar por caminos de salvación. Nos hemos de fiar de él, porque es leal y correcto en todos los actos de su vida. Desprecia todas las murmuraciones, porque sabe que son miserias que engendran las malas pasiones; y comedido y apasionado por su deber, lucha noblemente. Es todo abnegación, es todo sacrificio y sabe sufrir por sus semejantes. Procuremos imitarle y hacernos dignos de él. A un lado cobardías y murmuraciones, que ésas son armas de los que no trabajan, que temen que algún día les pidan cuenta los trabajadores de sus muchas felonías.

OBRERO 1.º—Eso es verdad.

BLAS.—Hablas como un libro. Bien aprendiste estando en Madrid... Yo no se qué tiene ese Madrid, que todos cuantos van á él aprenden cosas nuevas... Nosotros toa la vida destripando terrones no podemos aprender na, ni saber na. Parece que nosotros los campesinos hemos nacío tan sólo para sufrir; naide se acuerda de nosotros, y ni siquiera nos enseñan á leer cuando somos chicos.

ANSELMO.—¡Pobre Blas! ¡Qué bien dices! Todavía no sois muy viejo y podéis aprender á leer, y sabiendo leer y observar se aprende mucho... Si la ley social del medio nos roba lo necesario para la enseñanza, nosotros los desheredados podemos dentro de nuestra ignorancia, hacernos sabios... Siempre hay algún hombre bueno en nuestro camino por la vida que nos enseñe algo, que nos diga algo... Razón tenéis, amigos míos; á nosotros se nos niega todo, nada se nos facilita para instruirnos, y aunque nuestras facultades mentales sean inmensas, nacemos pobres, y es forzoso ponernos una

venda en los ojos; así lo quiere la sociedad. Pero los hombres de entereza, que en sus fibras llevan sangre pura, tienen un maestro grande; éste es su voluntad. Con voluntad todo se adquiere, todo se sabe, y si nos faltan fuerzas, juntemos nuestra voluntad, que muchas voluntades juntas hacen una muralla invencible...

BLAS.—¡Cuanta razón tienes, Anselmo! Tú eres como Jorge; cuando estamos para caer, llegáis á tiempo para levantarnos. Hace unos momentos que Esteban y yo pensábamos haceros traición.

ESTEBAN.—Es verdad, sí.

ANSELMO.—¡Pero, Esteban! ¿vosotros?...

BLAS.—Perdona, pero ya, no. Jamás nos separaremos de vosotros, que sois nuestros hermanos, que sufrís la misma tiranía que nosotros..., y no sólo no nos separaremos de vuestro lado, sino que estaremos dispuestos á ir hasta el fin y arrostrarlo todo por nuestra causa.

ESTEBAN.—(Con resolución.) ¡Eso digo yo! (Aparte.) Y eso que no sé qué tal la sentará á la Bernarda.

ANSELMO.—Gracias, amigos míos; ahora á luchar y vencer.

OBRERO 1.°—O vencernos ó morirnos.

ESTEBAN.—(Aparte y á Blas.) Tú me acompañarás á casa para que expliques todo lo que ha pasado.

BLAS.—Bueno, iré. (Vanse hacia la derecha, y se detienen al ver á Jorge que entra por la izquierda.)

ESCENA III

Dichos y JORGE.

JORGE.—(Entrando.) ¿Huíais, acaso? (Todos se acercan á Jorge.)

ANSELMO.—No; de ningún modo. Como se acerca la hora de vigilar, íbamos á cumplir con nuestro deber.

JORGE.—Si se trata de hacer bien, vamos todos.

ANSELMO.—Nosotros no pretendemos hacer mal á nadie; pero nos contentaríamos con que tú no vinieras, Ya sabes que te buscan, y tendríamos mucha pena si te prendieran. Tú debes ocultarte, siquiera por no dar gusto al enemigo.

JORGE.—Bien quisiera obedeceros. Sería tal vez un bien para nosotros, pero no puedo..., ¡no puedo! Si por miedo á que me encierren, me encierro yo, seré un cobarde. ¡Yo oculto, mientras vosotros reñís batallas por las calles! ¡Yo escondido como mujerzuela atemorizada por una tormenta, sin poder ayudar, sin ver siguiera el

giro de la pelea! ¡Oh, no! ¡Nunca! ¡Iré con vosotros donde sea preciso ir!... No me asusta la cárcel; no temo nada: todo es preferible á sucumbir bajo el peso absorbente de una cruel incertidumbre.

ANSELMO.—Pues sea: vente con nosotros. Pero te advertimos que nos proponemos salvar á Elena, que se halla encerrada en el convento de las madres Carmelitas; lo hemos sabido...

JORGE.—Yo también lo sé.

ANSELMO.—¿Y no nos lo has dicho?

JORGE.—No os lo dije porque son otros los asuntos de que vosotros os debéis de ocupar. Además, tengo entera confianza en Elena, y sé que no se doblegará á nadie, porque á nadie querrá más que á mí... Y no hay poder humano que destruya el espíritu que cubre dos corazones amorosos. ¡Necio, muy necio será el que intente forzar la voluntad de una mujer! Pero, dejemos esto, amigos míos. No os ocupéis de mis amores; vosotros también tenéis los vuestros. Tenéis un hogar, que la escasez y el hambre obscurece como boca de lobo. Lo primero es salvarnos de la miseria. Se puede amar, pero amar no es abandonar la lucha. Amando á la humanidad se ama á todas las mujeres á la vez. Tener voluntad para hacer bien: esa es la mejor virtud. Sacrificarse en aras del ideal redentor, hasta que á fuerza de amasar sacrificio, se adquiera el bienestar para todos. Levantemos nuestro grito en son de protesta. ¡Que sepan todos que en estos pueblos escondidos se sienten ansias de renovación; que en estas aldeas embrutecidas por la ignorancia y el hambre por culpa de todos, se levantan polvaredas de libertad... Hay que hacerles ver, echándoles en cara sus ambiciones y torpezas á todos esos farsantes de las ciudades, que en una nación de hampones, paniaguados y toreros hay un espíritu ideal que se va apoderando de las aldeas, que suma y sondea todos los rincones del Universo. ¡Que miren esos sabios ilustres de la tierra, miopes en decadencia, políticos chirles, que miren, que sondeen el infinito y vean cómo se agitan los únicos hombres que acarician la Naturaleza! ¡Vea la Sociedad, vean todos el crimen de su indiferencia cobarde! En estas aldeas, donde no llega la luz, ni se conoce la comodidad, reina el caciquismo más cruel, la explotación más desenfrenada contra los que siembran y cultivan las espigas con que se fabrican

los delicados y exquisitos pasteles que los campesinos no comen... (Pequeña pausa.) Y ahora os voy á dar una noticia que agradecerán vuestros estómagos: nuestros camaradas de Madrid nos han mandado quinientas pesetas, fruto de una suscripción, para que cubramos en lo posible nuestras necesidades más perentorias, y continuemos la huelga sin someternos á las demasías del patrono.

Blas.—¡Quinientas pesetas!... En Madrid deben ser muy ricos.

Esteban.—Es que cogen muchas propinas...

Anselmo.—(Alegrándose.) ¡Dios aprieta, pero no ahoga!... Según dice el refrán.

Obrero 1.º—Así ya se pue luchar... ¡Cuando se cuenta con una miaja de sostén!...

Obrero 2.º—¿Y á esto lo llamas una miaja?

Jorge.—Todo esto son, cachitos arrancados del salario de muchos obreros... nacido de muchas privaciones... Todo viene de la unión... Con unión hay dinero, hay fuerza, hay triunfo... Nuestros camaradas de Madrid están en lo cierto... Cuando se tiene hambre no se puede luchar... Si al estómago le falta el alimento, el cerebro carece de ideas y buenas intenciones; cuando nosotros hayamos triunfado, tendremos una Sociedad y una Caja con fondos.

Obrero 1.º—¿Y esos fondos nos los enviarán de Madrid?

Jorge.—No; esos fondos los crearemos nosotros dando todos unas perras cada semana, quitándonoslo aunque sea de fumar... Pues la Caja de resistencia es el todo para la lucha, es una barricada que los trabajadores, piedra por piedra, vamos formando contra el hambre... Y cuando no hay hambre, triunfo seguro.

Anselmo.—Y que no se hará de esperar; nuestro entusiasmo es grande.

Jorge.—Así lo espero... Bueno, amigos míos, ya hemos hablado bastante, y ahora es preciso obrar. Marchemos á unirnos á nuestros demás compañeros, que guardan nuestro honor en los alrededores de la fábrica, que allí precisamente está nuestra dignidad. Impedir que nadie trabaje, es nuestro triunfo; procurar que aquéllo esté inactivo, es nuestro deber.

Esteban.—Pues bien pocos han ido á trabajar.

Blas.—El mayor traidor que tenemos es Tomás.

Obrero 1.º—Porque además de ser un Judas, quiso ser un criminal.

JORGE.—(Turbado.) No hablemos de él...
ANSELMO.—Tienes razón... Ya se enmendará.
JORGE.—No os quepa duda... Los desengaños y las esperanzas desvanecidas hacen á los hombres razonar... (Vanse por la derecha.)

FIN DEL CUADRO SEGUNDO



Habitación de don Jenaro, con una puerta por el foro y dos laterales. Don Jenaro, mal humorado, va de un lado para otro. Gutiérrez, sentado, con los codos sobre las rodillas y mirando al suelo; Tomás, de pie, tembloroso y tímido con la gorra en la mano...

ESCENA PRIMERA

DON JENARO, GUTIÉRREZ y TOMÁS.

DON JENARO.—(Con despecho.) ¿Pero que se creerá esa gente? ¿Pero? (Amenazando con los puños.) ¡Ya me las pagarán! ¡Y bien caras! ¡Ladrones! (Pausa.) (Mirando á Gutiérrez.) ¡Sí, ladrones!... ¿Y por qué no?...

GUTIÉRREZ.—(Con indiferencia.) Pero si nosotros no decíamos nada ahora... (Aparte.) Vaya una tormenta que estamos soportando.

TOMÁS.—(A Gutiérrez.) Yo me voy, señor Gutiérrez... Otro día le hablaremos...

GUTIÉRREZ.— (A Tomás.) De hoy no pasa, y ahora mismo le vamos á hablar.

TOMÁS.—(A Gutiérrez y medroso.) Mire usted que está muy incomodado y...

GUTIÉRREZ.—(A Tomás.) Te he dicho que de hoy no pasa.

DON JENARO.—(Viendo á Tomás.) Y tú, ¿qué haces aquí, papanatas? ¿A qué has venido?...

TOMÁS.—(Temblando.) Mire usted, señor amo, es que... yo... porque...

GUTIÉRREZ.—(Levantándose.) Lo que Tomás quiere, y por lo que ha entrado aquí, yo te lo voy á decir...

DON JENARO.—¿Qué? ¡Acaba ya!

GUTIÉRREZ.—¡Cálmate un poco, hombre! Tomás desea... el jornal de tres semanas que se le debe...

DON JENARO.—(A Tomás.) ¡Cómo! ¡Insolente! ¿Pero tú te atreves?... (Con despecho.) Eres indigno de mis favores...

Acabarás por indignarme y que te retire mi protección, ¡no faltaba más!... Después que te doy trabajo, vienes con exigencias!...

GUTIÉRREZ.—Si le das trabajo y no le pagas.

DON JENARO.—(A Gutiérrez.) ¡Siempre me has de llevar la contraria!...

GUTIÉRREZ.—Siempre que es justo...

DON JENARO.—Tú eres un mal amigo...

GUTIÉRREZ.—Pues no lo sabía...

DON JENARO.—Pues ya lo sabes...

GUTIÉRREZ.—Bueno...

DON JENARO.—¡Y basta ya! Este es un imbécil y no le pago porque.. ¡no debo pagarle!... Más me debe él á mí... Pedirme el jornal de tres semanas... ¡Más de mil tienes á tu cargo!... Estos son los sumisos... (Cruzándose de brazos.) Estos son los fieles... Fíese usted de los apocados... (A Tomás.) ¡Egoísta! ¡Qué poco tienes en cuenta las pérdidas que he tenido... ¿Y eres fiel tú? ¿Hacerme desembolsar más á mí! Tú también pretendes arruinarme como todos... Vosotros no véis más que vuestra comodidad... Pides tus jornales sin tener en cuenta si yo puedo dártelos... ¡Bellacos! ¿No ves cómo la ruina se apodera de mí?

GUTIÉRREZ.—(Tarareando.) ¡Ta, ta, ta, ta!

DON JENARO.—Dos meses sufriendo los desmanes de una huelga... ¡Infames! ¡Ladrones! (A Tomás.) ¡Y tú tienes la culpa! Tú, que erraste el golpe. ¡Cobarde! Si hubieras exterminado la cabeza, no habría dirección, y todo hubiera fracasado... Pero fuiste un cobarde y ahora pagamos tus torpezas... ¡Necio, más que necio! ¡Te debía dar la cuenta por imbécil!

GUTIÉRREZ.—(Aparte.) Pues eso es lo que él quisiera: los cuartos.

DON JENARO.—¡Que le pague las tres semanas!... ¡Qué poca consideración! (Vase por la puerta lateral derecha.)

ESCENA II

Dichos, menos DON JENARO.

(Tomás, turbado, mohíno, se sienta ocultando el rostro con las manos. Pausa.)

GUTIÉRREZ.—(Dando á Tomás sobre el hombro.) ¡Tomás, Tomás..., escucha! (Tomás levanta la cabeza y Gutiérrez, al

verle el rostro, le habla con marcada ironía.) ¡Ah! ¿Pero lloras?... Los hombres no lloran. Pero tú, llora..., llora..., haber si en esas lágrimas arrojas toda la cobardía servilona de que se compone tu pequeño espíritu... ¡Ah, Tomás! Tú no conoces la vida, tú formas en la reata de los de vida muerta. Si no tienes suficiente energía para imponer tu voluntad, para afianzar tu independencia; si tu eterna ceguera te somete á ser un borrego; si por tu calidad de incauto te entregas al capricho de un cacique malvado; si no tienes un átomo de sentimiento para unirte á los que sufren y sí tienes la suficiente cobardía para traicionarles... no llores, no llores; ríe, ríe mucho, y así te podrán tomar por un idiota perfecto...

TOMÁS.—(Levantándose muy emocionado.) ¡Por Dios, señor Gutiérrez, no me atormente más! Bastante he sufrido...

GUTIÉRREZ.—¿Y tus sufrimientos no te hacen bueno?

TOMÁS.—Yo no soy malo; lo que tengo es mala suerte y soy muy desgraciado... (Llora.) No me crea usted malo, señor Gutiérrez; á mí nada me han enseñado y nada sé...; yo no tengo la culpa, señor Gutiérrez, yo no tengo la culpa...

GUTIÉRREZ.—Ya sabes que te di muchos consejos..., que intenté persuadirte; pero todo fué en vano... Cuando la huelga estalló, tú debieras haberte unido á tus compañeros, hacerte solidario de su suerte, que sería la tuya...

TOMÁS.—Yo no podía; le debía muchos favores á don Jenaro.

GUTIÉRREZ.—¡Muchos favores! Tú debías...

TOMÁS.—Sí, señor; él, aunque sea malo, para mí no lo ha sido... Cuando dejé mi labranza, le faltó tiempo para darme trabajo... El me prestó el dote de mi Mari-Juana y también me propuso hacerme mayordomo, y si no hubiera sido por la huelga ya lo sería...

GUTIÉRREZ.—No lo creas, Tomás; don Jenaro te prometió, como prometió á otros, para irse apoderando de tus bienes y luego de tu voluntad y de tu conciencia... ¿Quién labra tus tierras, es decir, quién las posee?...

TOMÁS.—Don Jenaro.

GUTIÉRREZ.—¿Lo ves? No ha habido tal dote...; por tu hija no pagaron nada en el convento y á ti te lo hacen creer y se aprovecha de tus tierras á cuenta de esa dote que no existe. ¿Quién ha sido la causa de que tu hija Elena esté encerrada? Don Jenaro...; él, que quería hacerla su querida para que no pudiera ser nunca de Jorge... Y é

ha sido el cacique que con sus dientes de usurero ha roído todo tu bienestar, ha destruído tu familia, tu hogar, tu hacienda y te ha sometido al más degradante servilismo... Vivías alegre, satisfecho y bien, en compañía de tus dos hijas, las cuales ahora tendrán que avergonzarse de ti, porque tu cobardía les ha hecho desgraciadas.

TOMÁS.—Repare usted, señor Gutiérrez, en la situación que me encontraba... Yo no tenía nada para poder comer...

GUTIÉRREZ.—Quien nada tiene, nada puede perder...; y ahora ¿qué tienes? Nada... El odio y el desprecio de los que fueron tus compañeros y amigos. No, Tomás, no. No se puede traicionar si no se es un ignorante ó un malvado. El que traiciona, tarde ó temprano, sufre el peso de su traición. Los hombres abnegados y probos no luchan sólo para ellos...; sus esfuerzos los ponen en bien de todos... Si la huelga fracasara, el mal sería para ti como para los demás, y don Jenaro te arrojaría, despreciándote, por si le eras infiel como lo fuiste con los otros. El peso de la explotación invade á todos; los causantes de ella también la sufren. ¡Abre los ojos, Tomás! ¡Piensa! ¡Razona, porque tus facultades mentales están sanas y puedes pensar! Observa en los acontecimientos, aprende en las negruras de la vida, discierne en la razón. Ya los hombres han dejado de ser mesnadas de lanudos. Piensa en tus desdichas; en las desgracias que te esperan si no mudas de vida... ¡Aprende á vivir, Tomás!

TOMÁS.—(Con timidez.) Perdón... Yo... (Pausa.)

GUTIÉRREZ.—Intentaste asesinar á un hombre bueno. Arrepiéntete de ello... Jorge ha sido el sol que ha roto las tinieblas de este pueblo fanático. El, con la luz en el cerebro, con la nobleza en el alma, con la bondad en el corazón, ha despertado á los que sufren para que se muevan en pos de la redención que Jesucristo no dió á la Humanidad. Tienes que aprender á vivir, Tomás; en tu alma de esclavo nunca surgió una rebeldía que pusiera en conmoción tu libre albedrío, ni tus derechos de hombre. Los años se han amontonado en tu persona, sin darte cuenta de que han venido uno á uno... En tu veleidad de inconsciente se ha personificado en ti el engaño... Tú eres el tipo que la sociedad engendra para lograr sus propósitos solapados.

TOMÁS.—¡Por Dios, señor Gutiérrez!...
GUTIÉRREZ.—Escucha; me has prometido oirme... Yo también soy un obrero como tú...
TOMÁS.—¿Usted obrero?
GUTIÉRREZ.—Yo soy un obrero intelectual, tan explotado como lo sois vosotros. Don Jenaro me llama amigo porque nos conocemos desde jóvenes; pero él se sirve de mi inteligencia para sus negocios; yo soy un asalariado, que tengo que someter mi poco talento, mis ideas y á veces mi dignidad en beneficio del explotador. Pero todo cambia. Tomás; ahora es el pensamiento el que gobierna el mundo... Es el progreso el único que no retrocede, que empuja á la unión á los desheredados; y la fusión de los oprimidos es el desarme de los poderosos... (Saca dinero y se lo da á Tomás.) Ahora, toma tu jornal de las tres semanas; esto te lo regalo yo...
TOMÁS.—(Guardándose el dinero, abatido.) ¡Gracias! ¡Yo no sé cómo agradecerle tanto!
GUTIÉRREZ.—Rebelándote; haciéndote hombre... Ese es el mejor consejo que se puede dar al hombre que sufre. Vete con tus compañeros, que ellos te aguardan...
TOMÁS.—(Alegrándose.) Pero ellos ¿me perdonarán?
GUTIÉRREZ.—Vete, Tomás, vete; tus camaradas te acogerán con regocijo. Ellos, que son los hombres del porvenir, los más desinteresados, porque luchan por algo grande que ellos saben no han de disfrutar; los que se conforman en conquistar poco á poco la paz del mundo..., esos hombres perdonan, no hacen daño nunca... Yo también me siento transformado... Los miembros se me crispan, la sangre se me sube al cráneo, el alma se me rebela y estoy también decidido. ¡Vete, Tomás, vete! ¡Que la injusticia ni á los malvados favorece!
TOMÁS.—(Con energía y decidido.) Pues bien; ¡voy! (Va á salir por el foro y se detiene al ver á Elena que entra.)

ESCENA III

Dichos y ELENA

ELENA.—(Entrando apresuradamente.) ¡Padre, padre mío!.. (Pausa. Elena y Tomás se abrazan.)
TOMÁS.—¿Qué, hija mía, qué ocurre? (Pausa breve.)
ELENA.—¡Yo no podía más..., yo no podía más! Aquel martirio, ¡yo no podía soportarlo! ¡Perdón, padre mío! (Se arrodilla.)

TOMÁS.—¡Pero, hija! (Levanta á Elena.)

ELENA.—(Reparando en Gutiérrez.) ¡Ah! Señor Gutiérrez, perdone usted que no le haya dicho nada.

GUTIÉRREZ.—Nada temas.

ELENA.—(Con turbación.) Yo entré aquí porque me creí hallar á mi padre solo...; porque he visto salir á don Jenaro...

GUTIÉRREZ.—Habrá ido hasta la esquina, y no tardará...

ELENA.—(Con miedo.) ¡Ay, por Dios! Vámonos, padre.

GUTIÉRREZ.—No vendrá tan pronto que te impida contarnos cómo viniste.

TOMÁS.—Eso es. ¿Cómo has venido?

ELENA.—No lo sé... Aproveché un descuido de la madre tornera, y huí. Y vine corriendo porque me parecía que alguien me seguía, y temblaba; si llegaban á cogerme, volvería á sumirme en aquel calabozo... Tuve miedo, y al llegar á esta calle vi salir á don Jenaro y esperé (A Tomás.) por si tú salías... Y no te vi, y subí apresuradamente... (Pausa.) ¡Huyamos de esta casa maldita, huyamos para siempre! Tengo miedo...

TOMÁS.—(Con decisión y energía.) Sí, hija, vámonos para no volver más... Decidido estaba cuando tú llegaste... Parece que Dios te envía... (Con energía inusitada.) Tanto he oído, hija mía; tantos dolores pesan sobre mí; tanto he visto y tantos desengaños he sufrido, que un ansia feroz se apodera de mí y siento deseos de venganza; quiero (Apretando con rabia los puños.) estrujar... (Sollozando.) ¡Pero, Dios mío, qué cosas hacen los hombres! Gracias, señor Gutiérrez, gracias por todo. Seguiré sus consejos... ¡Seré un hombre digno! (Con ademán de marcharse.) Vámonos, Elena...

ELENA.—¿Nos veremos, señor Gutiérrez?

GUTIÉRREZ.—Sí, y muy pronto; yo también seré hombre digno. (Vanse por el foro Elena y Tomás.)

ESCENA VI

GUTIÉRREZ y DON JENARO.

DON JENARO.—(Entra por la derecha y, como siempre, de un humor infernal.) ¡Imposible! Esta situación es ruinosa... y no podemos continuar así...

GUTIÉRREZ.—Siempre estás con las mismas... Si no puedes continuar así, varía de actitud... en ti está todo.

DON JENARO.—Tú también estás siempre con la misma can-

ción. Tú todo lo arreglas en seguida. Y esto no tiene arreglo, tiene raíces muy hondas, imposibles de arrancar, y así seguirá mientras haya esas libertades que hay...

GUTIÉRREZ.—¿La libertad tiene ahora la culpa?

DON JENARO.—Hoy es el desorden el que manda... Por ha ber tanta libertad todo queda sin el debido castigo...

GUTIÉRREZ.—(Con burla.) Es verdad; todo el mundo es libre... de morirse de hambre...

DON JENARO.—¿Dirás que no, todavía?

GUTIÉRREZ.—No, hombre, no, no digo nada; hoy es libre todo el mundo: el que quiera, puede llevar un traje nuevo, comer en la fonda é ir en coche... Lo que no hay libertad es de tener dinero para ello...

DON JENARO.—¿Pero y la ley del sufragio universal?

GUTIÉRREZ.—¡Ah, sí! Contra la ley del sufragio está la ley del chanchullo...

DON JENARO.—(Reparando.) ¿Dónde está Tomás?

GUTIÉRREZ.—Se ha ido...

DON JENARO.—¿Ahora que iba yo á pagarle?

GUTIÉRREZ.—No le hace falta ya; le he pagado yo...

DON JENARO.—¡Mal hecho!

GUTIÉRREZ.—No te apures... Se lo he pagado yo de mi bolsillo... El te lo regala, por si te arruinabas por ello.

DON JENARO.—¡Pero, bueno! ¿Dónde ha ido ese imbécil?

GUTIÉRREZ.—Ese imbécil ha dejado de serlo: ha ascendido. Ya es un hombre digno... ¿Puedes tú decir otro tanto?

DON JENARO.—Tú eres el que dice demasiado.

GUTIÉRREZ.—Yo sé dar á las cosas su justo valor.

DON JENARO.—(Con violencia.) ¡Basta! ¡Te digo que dónde está ese bribón!

GUTIÉRREZ.—Para hablar de bribones, acuérdate de ti...

DON JENARO.—¡Tú siempre mortificante! ¿Te parece á ti que esté de buen humor? ¿Te parece á ti...?

GUTIÉRREZ.—Tú tienes la culpa de todo... Eres intransigente y cruel...

DON JENARO.—Yo no creí que las cosas llegarían á tanto... Yo pensé que vendrían á los pocos días... Pero les han ayudado, cosa que no debiera permitirse... Pero ya, de perdidos... lo mismo me da... No seré yo quien se entregue... El mundo es muy pequeño y no hay sitio para todos.

GUTIÉRREZ.—¡Que el mundo es pequeño! Tal vez sea ver-

dad... En él no nos podemos mover sin tropezar con algún imbécil...

DON JENARO.—Vamos; veo que contigo no se puede... Y aun no me has dicho dónde ha ido Tomás sin mi permiso.

GUTIÉRREZ.—Para irse no lo necesita... Ha ido... Ya te lo puedes figurar, pues haciéndose hombre no podía estar aquí. Se marchó á prestar ayuda á sus compañeros para que el cacique sucumba. (Don Jenaro hace movimientos de sobresalto é indignación.) Está en su puesto, en su lugar; donde debe de estar... Y con él fué Elena, que se libró de ti...

DON JENARO.—(Colérico.) ¡Esto es insoportable! ¡Canalla! ¡Lo que yo aguanto, no aguanta nadie!

GUTIÉRREZ.—(Con energía.) Aguanta tú por todos, que todos te hemos sufrido á ti... Ya es hora de que se te diga la verdad. Si has nacido para hacer sufrir, muy justo que te llegue á ti también el sufrimiento... Naciste demasiado tarde, y el espíritu del siglo te obsesiona y no sabes digerir sus grandezas. Tú eres un miserable que has sumido en la miseria á muchos hombres honrados... (Don Jenaro se va acalorando con temible actitud.) Has sido siempre el ave de rapiña de estos poblados... Tú, torpe y fanático, has sitiado por hambre á los desvalidos y has armado á los desesperados... Tu poderío se acaba. (Don Jenaro aumenta en ira, según tenga por conveniente hacerlo el actor.) Es tanta la razón que les asiste, tanta la justicia de sus pretensiones y tan grande su entusiasmo..., que bien puedes decir que son ellos los que viven... ¡Ah, Jenaro, qué torpe! Tú caerás, y la fuerza orgánica de los oprimidos seguirá en pie... ¡Y ni tú, ni todos los malvados de la tierra, lograrán aniquilar la organización obrera!... Ellos triunfarán y tú sucumbirás como un perro! (Don Jenaro intenta agredir á Gutiérrez, pero es detenido por don Juan, que entra por el foro.)

DON JENARO.—(Con furia.) ¡Canalla! ¡Mal amigo!

ESCENA V

Dichos y DON JUAN.

DON JUAN.—(Sujetando á don Jenaro.) Pero ¿qué ocurre? Pero...

DON JENARO.—(Intentando desasirse.) ¡Déjeme!... ¡Que acabo con ese imbécil!

DON JUAN.—(Con asombro.) Pero ¿por qué ha sido esto?

GUTIÉRREZ.—Por nada. Es que...

DON JENARO.—¡Detened á ese miserable!... ¡Me ha robado

GUTIÉRREZ.—(Con risa forzada.) Si por robar se apresa á los hombres, no soltéis á ese bandido, señor alcalde. (Vase por el foro. Pausa.)

DON JUAN.—Pero, por Dios, don Jenaro..., por todas partes jaleos, riñas y... el caos, don Jenaro... No se respeta á la autoridad, ni al orden; ni se tiene en cuenta nada..., nada...; esto no puede seguir así... Tan amigos el señor Gutiérrez y usted, y riñen... Antes, encuentro á Tomás, que huía como alma que lleva el diablo, y que decía que se había marchado de esta honrada casa; sus hijas han desaparecido..., los obreros empiezan á hacer desmanes... Don Cosme... la Mónica..., en fin, todos... todos andan medio locos... Esto no puede ser..., esto no puede seguir así..., Don Jenaro... (Esto lo dirá el actor muy de prisa.)

DON JENARO.—¿Acabarás ya de charlar? No hace falta que hables tanto para demostrar que no sabes ser alcalde.

DON JUAN.—Don Jenaro..., que usted me ofende en lo más íntimo de mi autoridad..., y esto no puede seguir así... Señor don Jenaro, no puede seguir así.

DON JENARO.—¡Basta, hombre, basta! A cualquier hora tengo yo la autoridad que tú y no meto presos á todos esos chacales y vagos... ¿Entonces, para qué sois alcaldes, si consentís la holganza?

DON JUAN.—Hay que mirar, don Jenaro, hay que mirar lo que se hace: para ser autoridad hay que tener mucho tino y no acelerarse, y... Ya quisiera yo ver á esos alcaldes mayores de esas capitales qué hacían en lugar de este monterilla, que hace lo que puede y lo... (Aparte.) que le dejan.

DON JENARO.—Esos obreros han de someterse, han de trabajar como antes... Yo lo mando; ¡lo exijo!

DON JUAN.—¿Y si no se puede?

DON JENARO.—¿Qué si no se puede? ¿Y todo un alcalde dice eso? ¡Gallina! Pues sí se puede... ¡Se les mete á todos presos!

DON JUAN.—Pues si se les mete presos no podrán trabajar...

DON JENARO.—¡Calla, necio! Si ellos no trabajan... tampoco impedirán que trabajen otros...; lo que sobra es ganado para trabajar...

Don Juan.—Ellos no hacen más que cruzarse de brazos.., y como están pacíficos es muy peligroso...

Don Jenaro.—Veo que te niegas á servirme..., que tienes miedo. ¡Así me pagáis vosotros!...

Don Juan.—Usted me juzga mal, don Jenaro... Yo deseo serviros fielmente en todo... ¡Para qué está uno!... Para servirle en lo que se pueda... Las autoridades deben amparar á los propietarios, asegurar el orden, defender la autoridad...; pero tengo... tengo reparo..., eso... es..., reparo, si al ser violentos pudiera pasar algo, y no estaría de más moderar la intransigencia, porque la intransigencia no favorece á nadie...

Don Jenaro.—La intransigencia la tienen ellos... ¿Crees tú que yo voy á aguantar majaderías? Pues buena quedaría mi reputación...

ESCENA VI

Dichos, Jorge, Anselmo, Esteban y Blas.

Jorge.—(Desde dentro.) ¿Se puede pasar?...

Don Jenaro.—(Mirando á la puerta.) ¡Pase quien sea! (Jorge, Anselmo, Esteban y Blas aparecen por el foro con la gorra en la mano.) ¿Y qué queréis vosotros?

Jorge.—Deseamos hablar con usted dos palabras...

Don Jenaro.—Ya sabía yo que tendríais que venir... No debía de admitiros, debía de ser implacable con vosotros... ¿Venís á pedirme perdón, verdad? Pues...

Jorge.—Nosotros no tenemos por qué pedir perdón... No hemos cometido ningún delito.

Don Jenaro.—¿Pues qué pedís?

Jorge.—Nosotros sólo pedimos justicia y sólo deseamos que nos escuchéis dos palabras, en nombre de todos nuestros compañeros que esperan abajo...

Don Jenaro.—¡Basta! ¿Venís con la misma cantinela de siempre? Pues no hay palabra; se acabó la discusión; no estoy dispuesto á aguantaros más...

Don Juan.—(Con impaciencia.) Escuchadles, y tal vez os podáis entender.

Jorge.—Muchas gracias, señor alcalde, y mucho nos alegramos que esté usted aquí; así podrá usted juzgar de nuestras palabras...

Don Jenaro.—(Con energía.) ¡No, y no! No os escucharé... No tengo por qué escucharos... Si queréis ir á trabajar, podéis ir...; pero en la misma forma de antes, con la con-

dición de descontaros, poco á poco, para pagar las pérdidas en la cosecha y los destrozos en la fábrica... Ya lo sabéis... No vengáis ahora, que os encontráis perdidos, á rogarme «justicia...» ¡Haber venido antes!... (Habla con don Juan.)

JORGE.—(A sus compañeros.) ¡Ya le véis! Hecho un don Ignorante.

BLAS.—¡Pues vámonos! Ya sabemos lo que es.

ESTEBAN.—Tan testarudo como mi mujer...

ANSELMO.—Decís bien, chicos..., debemos marcharnos; y si quiere guerra, tendrá guerra...

JORGE.—No hay que obrar de ligero... Preciso es apurar todos los medios pacíficos... Cuanta más razón tengamos, más fuertes seremos... Porque si bien es verdad que la razón es hollada por la fuerza, no hay cosa que dé más fuerza que la propia razón... (Siguen hablando.)

DON JUAN.—(A don Jenaro.) Yo así lo haría, don Jenaro; aunque luego sacara todo el partido posible...

DON JENARO.—(A don Juan.) No puede ser. Si ellos se hubieran portado como personas..., bueno..., pero han sido unos charranes, sin pizca de delicadeza... Se van á la huelga precisamente cuando más los necesito, cuando el trabajo más aprieta... Que hubieran dejado la huelga para otra ocasión, cuando no haya trabajo... y yo les perdonaría...; pero así no los perdono y no los perdonaré nunca.

DON JUAN.—Mire que...

DON JENARO.—¡Basta!

DON JUAN.—(Aparte.) Esto no puede seguir así.

DON JENARO.—(Con brusquedad, dirigiéndose á los obreros.) Y vosotros ¿qué hacéis ahí? ¡Largo, largo! No quiero en mi casa granujas! ¡No me hacéis falta; todo lo tengo ya ganado!

BLAS.—(A los suyos.) ¡Véis! ¡Ya os lo icía yo! ¡Por las buenas no se pué con este hombre!

JORGE.—(Pausadamente y á don Juan.) Ya lo véis, señor alcalde: nos hecha, nos insulta, no quiere amistad con nosotros, con los que le enriquecieron... Nosotros queremos paz; él proclama la guerra, rechaza la armonía... nos niega el trato, nos entrega á la desesperación, al último extremo...; los resultados serán terribles. ¡El será el responsable; nosotros, no! (A los obreros.) ¡Vámonos, amigos! ¡Siempre los más amantes del orden son los que todo lo desordenan! (Pausa. Jorge mira á don Jenaro

con odio; hace intención de hablar y avanza un poco. Retrocede con un movimiento despreciativo. Hace ademán á sus compañeros de irse y vanse por el foro. Mientras, don Jenaro y don Juan hablan.)

ESCENA VII

Don Jenaro, don Juan, y después don Cosme.

Don Jenaro.—(Yéndose hacia la puerta del foro y mirando hacia fuera.) ¡Andar, truhanes, cochinos!... ¡Ya me las pagaréis! ¡Ahora pedís árnica..., ahora que os véis necesitados!... ¡Sufrir ahí, como yo he sufrido! (A don Juan.) ¿Has visto con qué descaro, con qué poca vergüenza? ¡Si no puede ser, si son unos cafres!... ¡Vienen amenazando! ¡Serán bribones! Y ahora ¿qué pensarán hacer?...

Don Juan.—Eso es lo que á mí me preocupa: lo que ahora puedan hacer... Ellos son muy brutos, y nada respetan... Lo mismo les da para arriba que para abajo... Yo no tengo miedo; pero es terrible, don Jenaro, muy terrible, que ellos se venguen... (Temblando.)

Don Jenaro.—Pero ¿para qué está la autoridad?

Don Juan.—Sí, ya lo sé, don Jenaro, que las autoridades tenemos que velar por el orden, por la propiedad...; pero se les encierra, se les persigue, se les castiga, y cuanto más se les reprime más tercos se ponen... Y yo no lo sé; pero ellos se reunen, se entienden y..., la verdad, es imposible acabar con esas propagandas y esas agitaciones. Y si no, ya lo ha visto usted: á pesar que se metió presos á algunos, no ceden. Lo que sucedió el otro día me dejó estupefacto. ¡Mire que quemar aquellos campos, destruir casi todo el tejado de la fábrica, con lo vigilado que está todo! ¡No me explico tanta desfachatez! Así es que nadie quiere venir á trabajar, porque los tienen miedo.

Don Jenaro.—Y porque hoy los guardias son de mazapán... Contra esos desalmados, ¡pólvora que los derrita á todos!

Don Juan.—Lo malo que si se entabla la pelea... Porque ellos también tienen pólvora y han aprendido á manejarla.

Don Cosme.—(Entrando por el foro y con gran satisfacción.) ¡Todo, todo arreglado! ¡Todo está arreglado!

Don Jenaro.—(Con ansiedad.) ¿Qué?

Don Juan.—¿Que está todo arreglado?

DON COSME.—Todo, todo, todo; absolutamente todo. En buena forma, artísticamente, santamente y buena... mente.

DON JUAN.—(Aparte.) No; me parece que tú no la tienes buena.

DON JENARO.—¿Quién lo ha arreglado?

DON COSME.—Dos buenas personas: entre un pintor aficionado y yo.

DON JUAN.—¿Pero será posible?

DON COSME.—¡Y tan posible!

DON JENARO.—¿Y salgo yo perdiendo?

DON COSME.—No, ganando; porque de cincuenta pesetas que creía gastarme, sólo han hecho falta cuarenta. (Riendo.) Sí; no es caro, no...

DON JENARO.—Si ha quedado bien el asunto, ya te lo pagaré con creces.

DON JUAN.—(Suspirando.) ¡Ay, qué peso me ha quitado usted de encima!

DON COSME.—(A don Juan.) Ya lo sabía yo que usted simpatizaría con lo hecho.

DON JENARO.—¿Y van á trabajar todos?

DON COSME.—¿Y cómo quiere usted que ese día trabaje nadie?

DON JENARO.—¿Pero no decías que todo estaba arreglado?

DON COSME.—(Con regocijo.) Sí, todo; todo está dispuesto... San Sebastián ya estará seco para mañana.

DON JUAN.—(Aparte.) ¿Pero qué dice este hombre?

DON COSME.—Sí, ya está retocado y sujetas las flechas que le bailaban; la flecha de en medio se le ha puesto nueva porque la tenía descacharrada; así es que cuando la pintura se seque ya se podrá hacer la procesión, que será solemne, hermosa y regocijante... (Don Jenaro da muestras de desesperación.)

DON JUAN.—(Con tono irónico.) ¿Conque la procesión, eh?

DON COSME.—Sí, estoy satisfecho, pues todo queda ultimado.

DON JUAN.—(Aparte.) La procesión es la que anda por dentro. (Pausa.) (Don Juan pasea malhumorado desde el foro al proscenio; igual hace don Jenaro, quedando don Cosme mirándoles cómo pasean, sin atreverse á hablar.)

DON COSME.—Yo..., yo..., ustedes dispensen; pero yo creía que ustedes también tomarían parte en mi regocijo; porque es digno de alegrarse, porque ha costado mucho trabajo encontrar un... ¿Pero qué les pasa á uste-

des, hombres? (Pausa.) (Don Juan y don Jenaro siguen sus paseos.) No crean ustedes que ha sido caro, porque ha habido que preparar muchas cosas...

Don Jenaro.—(A don Cosme.) ¡Cállate ya, mal sotana!

Don Cosme.—(Mirándose la sotana.) No, no está muy buena... Todavía es aquella que usted me regaló cuando ganamos aquellas elecciones, hace cinco años...

Don Jenaro.—¡Cuándo reventarás! ¡Más vale que no hubieras venido, para traernos esas pamplinas!

Don Cosme.—¡Alabado sea el Señor! ¡Llamar pamplinas organizar una procesión, con lo difícil que es en estos tiempos!

Don Juan.—Mire, don Cosme, no hable usted ahora de esas cosas. Otras más graves nos amenazan y es de las que nos tenemos que ocupar...

Don Cosme.—¡Ah, sí! De la huelga se trata, ¿verdad?

Don Juan.—De eso mismo.

Don Cosme.—Pues, es una barbaridad...

Don Juan.—¿Qué?

Don Cosme.—Que es una barbaridad que hayan hecho esa huelga. Siempre lo he dicho: las huelgas son malas porque en ellas se discute, se templan los ánimos y porque aprenden los obreros cosas que deben de ignorar...

Don Juan.—Está bien; pero lo que ahora interesa es terminar con esto que nos ocupa...

Don Cosme.—Esta huelga es descabellada... No hay motivo para hacer esta huelga... Don Jenaro siempre ha pagado á los que han trabajado... Tendrá sus rarezas, pero es un buen cristiano, que Dios se lo tendrá en cuenta... Estas huelgas son funestas, y son debidas á esas propagandas de esas ideas sin Dios, fraguadas en la mente de esos descontentadizos feroces... Jesucristo no nos ha dejado dicho nada sobre las huelgas, señal de que ni Cristo se figuraba que tales cosas se pudieran hacer...

Don Juan.—Todo eso ya lo sabemos... Lo que hay que hacer...; es decir, lo que nos interesa es que vayan los campesinos á la faena. Si los obreros no trabajan, estamos perdidos. (Don Jenaro demuestra estar muy preocupado; se sienta.)

Don Cosme.—¡Y tan perdidos! (Bajando la voz.) ¡Pobres de nosotros si los obreros se cruzan de brazos! Necesitamos que trabajen, sí; y si yo fuera miembro de ese templo que llaman Parlamento..., vamos, quiero decir,

que si yo fuera de los que hacen las leyes, haría una para que fuera obligatorio trabajar todos...

DON JUAN.—(Con sorpresa.) ¿Qué?...

DON COSME.—Que haría una ley para que trabajasen todos... los que tienen que trabajar.

DON JUAN.—¡Ah, vamos!...

DON COSME.—Sí, el que ha nacido para trabajr, al trabajo

DON JUAN.—¿Y el que no?

DON COSME.—(Pensativo.) El que no..., el que no:.. En fin, ya le daré la contestación por escrito de lo que ha de hacer... (Suenan ruidos fuera; griterío lejano, y luego más próximo; voces confusas; palabras de ¡viva la huelga!, ¡justicia! Se hace leve el murmullo.)

DON JENARO.—(Levantándose con espanto.) ¡Qué es eso! (Todos se miran asustados; cesan los ruidos. Pausa.)

DON COSME.—(Con temor.) ¡Oh, qué escándalo! ¡Gritos de venganza! ¡Dicen viva la huelga! ¡Dios mío, tened piedad de nosotros!

DON JENARO.—¡Pero será posible! (Con desesperación.) ¡Oh, y mi autoridad, mi prestigio! ¡Maldición!... ¡Juan..., y tú, cura: id y detenedlos; estamos perdidos! (Juan y Cosme tiemblan.) ¿Y los guardias? ¿Para qué sirven los civiles?

DON JUAN.—Eso digo yo. ¿Dónde estarán?

DON JENARO.—Pero, ¿qué hacéis? ¿No oís lo que os digo?... ¡Ay, Dios mío! (Llora. Los ruidos, fuera, vuelven estrepitosamente.)

DON COSME.—(Asustado.) ¿Qué hacemos, señor alcalde?

DON JUAN.—Nada..., esperar...

DON COSME.—Pediremos á San Sebastián... Pero, ¿quién reza con calma?

DON JENARO.—(Con arrebato salvaje.) ¡Infames! ¡Son ellos! ¡Es la turba, la plebe, que necesita una víctima y ésa soy yo!... (A don Cosme y á don Juan.) ¡Y vosotros, cobardes! (Con ironía cruel.) El cura, que reza, y el alcalde, que manda... (Cesan los ruidos.) ¡Y os decíais ser los puntales que me sosteníais! ¿Así me defendéis? ¡Ingratos! ¡Impotentes!... (Pausa. Don Juan y don Cosme intentan huir por el foro, y retroceden asustados al chocar contra los que entran.)

ESCENA VIII

Entran JORGE, GUTIÉRREZ y ANSELMO, seguidos por TOMÁS, ELENA, BLAS, ESTEBAN y varios obreros más. Algunos traen palos, horcas, picos, hoces, etc. Páranse en la puerta; JORGE avanza el primero.

JORGE.—(A los suyos.) ¡Miradles, temblando los tres! ¡Los tres miserables, los tres parásitos del pueblo!

DON COSME.—¡Piedad! Nosotros...

JORGE.—¡Ah, pedís piedad! ¡No la tuvisteis vosotros de nadie!... ¡Todos son igual!

DON JUAN.—¡Perdonad! Nuestra intención... (Vanse don Cosme y don Juan, á hurtadillas, por la izquierda.)

DON JENARO.—(Con energía.) Decid lo que queráis; pero os ruego que no me hagáis ningún daño. Accedo á lo que queráis, acepto lo que demandéis: me habéis vencido, no lo niego. Seré vuestro desde hoy en adelante; me tenéis á vuestra disposición. Fuí malo; pero fué porque me engañé, porque creíme bastante fuerte... con los puntales que creía sostenerme... Me he convencido de que los únicos puntales fuertes y potentes sois vosotros, los que habéis criado todas mis riquezas... Perdonadme; haced lo que os plazca...

GUTIÉRREZ. (Dándole la mano.) ¡Gracias, amigo mío; gracias! ¡Ahora sí que seremos buenos amigos! Ante todo, no temas... Los que trabajan no roban, no atropellan, no hacen mal á nadie; sólo piden justicia; que sus derechos no sean hollados; eso piden éstos que aquí ves... Libertad para pensar y un poco más de alimento para seguir trabajando. Han acudido á ti, á quien lo tiene, porque sabían que tú tenías el deber de darlo... Y acudieron á ti legalmente, pacíficamente, y tu les rechazaste... Cediste y has hecho bien; de lo contrario, Dios sabe lo que hubiera sucedido, porque es muy terrible, amigo mío, es muy terrible la desesperación... Tú serás respetado por todos, y éstos contarán con una organización donde puedan instruirse, defenderse y amarse mutuamente.

DON JENARO.—Así lo deseo.

TOMÁS.—(A Elena.) Y tú, hija mía, ten por bien aceptar como hombre elegido para ti al bueno de Jorge. (A Jorge.) Y creo no dudarás en aceptar, pues él, que es perfecto y noble, será el único, dados sus buenos senti-

mientos, que podrá colmarte de ventura. Admitir mi paternal autorización y ser felices, hijos míos.

ELENA.—(Con emoción.) Gracias, padre mío.

JORGE.—(A Elena, con solemnidad.) Ya lo has visto, Elena adorada: cuando hay VOLUNTAD todo se logra.

ELENA.—(Con expresión amorosa.) ¡Al fin seremos felices!

JORGE.—(Con gravedad sublime.) Felices lo fuimos siempre, aun siendo desgraciados... Porque la verdadera felicidad está en aquellos que luchan por la Luz, por la Justicia, por la Humanidad...

TELÓN

Precio: UNA peseta.

Quien haga un pedido mayor de diez ejemplares, tendrá el 50 por 100 de descuento.

50 POR 100 DE AUMENTO